

EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE ÁVILA



# MERCADOGRANDE

## CAPÍTULO III

CRISTIANOS Y MUDÉJARES EN EL ÁVILA DE LOS SIGLOS XIII AL XV:  
UNA APROXIMACIÓN DESDE LOS DOCUMENTOS ARQUEOLÓGICOS<sup>1</sup>

PEDRO JAVIER CRUZ SÁNCHEZ  
ALACET ARQUEÓLOGOS, S.L.

---

<sup>1</sup> Estas líneas no hubieran podido ser escritas sin los certeros comentarios de la Dra. Olatz Villanueva Zubizarreta, especialista en todo lo que atañe a la cerámica medieval, o de D. Javier Jiménez Gadea, arabista y conservador del Museo de Ávila, quienes en todo momento nos ayudaron en cuantas dudas nos han asaltado en el transcurso de la redacción de este trabajo.





## INTRODUCCIÓN

La ciudad de las murallas, aquella que tantas leyendas ha surtido a la imaginación de nuestros antepasados (Picaroste, 1996: 11-21), se asentó sobre un roquedo granítico colgado sobre el río Adaja, sobre una plataforma que ha acogido desde tiempos inmemoriales diferentes grupos de población y que con mejor o peor suerte han pervivido, al menos sin grandes lagunas, hasta nuestros días.

Frente a aquellas etapas anteriores, los episodios correspondientes a la Edad Media, a los que pretendemos enfrentarnos en esta páginas seguramente con desiguales resultados, permiten una aproximación que cuenta con un buen apoyo documental, la cual para el caso de Ávila no es afortunadamente escaso. Nos permite por ello viajar casi siempre escoltados por lo que "en su momento" dieron fe sus protagonistas; así las cosas, se van a cruzar en el camino una y otra vez en las páginas que siguen documentos arqueológicos, casi siempre los que se refieren al barro torneado, y documentos escritos. Al menos es lo que hemos pretendido en estas líneas que versan sobre algunos pocos episodios, unas cuantas instantáneas no más, acontecidos a lo largo de la Plena y Baja Edad Media y que ahora desenterramos del solar abulense.

La nuestra es una historia que comienza a partir de la Plena Edad Media, instante en el que el registro arqueológico, como veremos, deja de ser opaco a nuestros ojos. Hasta este momento este sector abulense parece encontrarse en "tierra de nadie", al margen de los numerosos avances militares islámicos, por más que algunos textos datados hacia 994 mencionen que las tropas de Almanzor "vinieron correr tierra de cristianos e prisionen a Ávila que se poblaba entonces, et destruyéronla", cita que hay que tomar con suma cautela (Barrios García, 2000: 205). De estas épocas oscuras (nos encontramos en un territorio fronterizo) que no se vio despoblado en ningún momento, Barrios ha ido recogiendo numerosos topónimos que, en tiempos de la Reconquista, recuerdan pobladores germánicos, beréberes, mozárabes o incluso árabes<sup>2</sup>, allá por los siglos X y XI (*ibidem*: 215).

Si bien no son muchos los documentos de carácter arqueológico que conservamos relativos a las evidencias inmediatamente anteriores a la Plena Edad Media, momento en que la ciudad va adquiriendo progresivamente cierta importancia, no faltan

---

<sup>2</sup> Es una cuestión muy debatida la presencia de pobladores de origen árabe en el solar de la vieja ciudad de Ávila antes de las repoblaciones cristianas, como bien apunta Maíllo quien, siguiendo los trabajos de J. González, admite que en la primera mitad del siglo X la repoblación de las tierras al sur del Duero fue cosa de cristianos y mozárabes. Contradice, por tanto, la teoría de Barrios quien señala la posibilidad de intentos coetáneos de repoblación musulmana a escasa distancia de las avanzadas de los cristianos (1998: 16).

La Crónica de la Población de Ávila expresa, en este sentido, que "...cuando el conde don Remondo... ovo de poblar a Ávila, en los primeros pueblos vinieron gran compañía de buenos omes de Cinco-Villas e de Lava e de Covalada... e entretanto vinieron otros muchos a poblar Ávila, e señaladamente infançones e buenos omes de Estrada e de los Brabezos e otros buenos omes de Castilla... e, porque los que vinieron de Cincovillas eran más que los otros, la otra gente que era mucha que vino poblar en Ávila llamárnlos serranos" (*apud* Barrios García, 1985: 61).



datos a través de los cuales podemos certificar la presencia de pequeños grupos de población que permanecieron de forma más o menos estable en la ciudad, por estos tiempos una aldea ni sombra de lo que acabó siendo (Barraca de Ramos, 1994: 39-46). A pesar de que son muy numerosas las obras publicadas en torno al pasado medieval de Ávila<sup>3</sup>, las propias de carácter arqueológico son llamativamente escasas y a priori no parecen estar en consonancia con el notable esfuerzo que se viene llevando a cabo en los últimos años, gracias a un buen número de excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad.

Y es que son muchos años los que han pasado desde que el, por entonces, director del Museo Provincial de Ávila D. Luis Monteagudo, llevara a cabo una serie de excavaciones de urgencia, muy puntuales, allá por los años 1969 y 1970 en diversos puntos de la ciudad o los que Larrén y Terés, unos años más tarde, en 1986 (1987: 165-216) efectuaran en los Jardines de la Encarnación, en un solar sito en las calles Duque de Alba y Candeleda, otro en la calle de la Cruz y otro más en la calle de las Tres Tazas, ubicados tanto al interior como al exterior de las murallas. Llamó la atención en su momento a aquellos excavadores, la ausencia de evidencias de época medieval en la totalidad de los solares sondeados siendo frecuentes, en cambio, los restos de época romana ya referidos o los de los momentos post-medievales, tan abundantes por otro lado en las excavaciones urbanas.

Conforme a un crecimiento urbanístico continuado y a las constantes obras de remodelación del casco histórico, el número de exploraciones arqueológicas se han ido sucediendo hasta nuestros días gracias a las cuales estamos comenzando a conocer, ya por fin, de primera mano el rico pasado medieval de Ávila, ciudad en donde convivieron las tres culturas, cristiana, mudéjar y judía.

Un buen punto de partida lo pone la excavación llevada a cabo por Barraca de Ramos en los años 1989 y 1990 en el circuito de San Pedro, en las inmediaciones de las iglesias de Santa María la Antigua y San Pedro y muy próximo a la Plaza de Santa Teresa; allí se exhumaron los restos de una necrópolis de época pleno y bajomedieval asociada a las iglesias románicas mencionadas, así como una serie de tumbas hispano-visigodas datadas por la mencionada autora hacia los siglos V o VI (1993: 254). En este mismo solar se documentaron una serie de niveles con materiales de época tardorromana y bajomedieval, entre los que sobresalen algunas producciones de corte mudéjar, a las cuales nos referiremos en las páginas que siguen, rescatadas buena parte de ellas dentro de una serie de silos o pozos negros.

Aún cuando contamos con pocos datos acerca de los judíos abulenses, minoría esta última estudiada hace ya algún tiempo por León Tello (1963), recientes intervenciones arqueológicas a orillas del Adaja en la parte sureste a extramuros de la ciudad<sup>4</sup>, han exhumado una importante necrópolis de la que ya se suponía su existencia a la luz de la notable concentración de cipos funerarios y *mqâbriyya* en esta parte de la vega del río (Bellido, Escribano y Balado, 1999: 944; Ruiz Entrecanales, 1998: 107-115). No obstante, su reflejo arqueológico parece encontrarse virtualmente cegado aunque, como creemos, ha participado plenamente de los mismos gustos que el grupo minoritario más importante de la ciudad, el mudéjar, al cual cabe hacerle partícipe tanto de buena parte de las manufacturas que utilizaron los grupos no cristianos como de la necrópolis mencionada.

---

<sup>3</sup> Las referencias, verdaderamente, son muy numerosas y listarlas en este trabajo resultaría enormemente complicado. No obstante, no podemos dejar de mencionar la obra, ya clásica, de Barrios (1983), los trabajos de Tapia acerca del pasado morisco de Ávila (1989 o 1991) o la reciente obra de conjunto sobre la etapa Alto y Plenomedieval abulense correspondiente al tomo segundo de la Historia de Ávila (Barrios, 2000).

<sup>4</sup> La excavación, que aún permanece inédita, fue dirigida por Rosa Ruiz Entrecanales y Javier Moreda Blanco en el invierno de 2000 y 2001. Debemos las noticias a la primera, arqueóloga del Ayuntamiento de Ávila.



La población mudéjar de Ávila, una de las más influyentes de la Corona de Castilla, aparece asentada desde los siglos XII o XIII, procediendo muchos de ellos de Toledo tras su expulsión de aquella ciudad (Tapia Sánchez, 1989: 100). Aun cuando aparece repetidamente mencionada en las fuentes (*ibidem*, 1991) hasta hoy era prácticamente invisible en el registro arqueológico, por más que en fechas recientes Villanueva (1998: 299-300) los va a constatar de forma fehaciente tras un detenido análisis de las fuentes, las cuales mencionan la presencia de alfareros en la ciudad y a partir de ciertas piezas exhumadas en el circuito de San Pedro por Barraca (1993: 244), similares a ciertas producciones vallisoletanas del alfar de la calle Duque de la Victoria.

Los datos aportados por la excavación del Mercado Grande, muy próxima a la llevada a cabo por Barraca de Ramos a principios de los años noventa, vienen a mostrar no solo la presencia de una ollería de clara raigambre mudéjar sino también la constatación de una emergente burguesía urbana atisbada, en nuestro caso, a partir de una serie de piezas de cierto prestigio -vertidos en un momento dado y tras su amortización en un posible vertedero cuyo contenido, como veremos, pasó a formar parte de un relleno que allanó la irregular superficie de la plaza del Grande-, que vistieron las mesas más poderosas de la ciudad. Las páginas que siguen, no pretenden más que aproximarnos a un documento que nos habilita para acercarnos a la ciudad en la que cohabitaron cristianos, mudéjares y judíos entre los siglos XIII y XV.





# LAS CIUDADES DE CASTILLA

## A FINALES DE LA EDAD MEDIA:

### EL CASO DE ÁVILA

No vamos a aportar ahora nada nuevo en estas páginas si expresamos que en los últimos siglos de la Edad Media las ciudades castellanas se consolidan como centros de poder, sede de una emergente oligarquía urbana, gracias a numerosos factores entre los que caben mencionar un progresivo crecimiento demográfico que trajo el fin de las guerras fratricidas, por un lado, y el alejamiento de la profunda depresión que a lo largo de casi todo el siglo XIV paralizaba no solo a Castilla sino prácticamente a toda Europa, fruto de una ruptura drástica de las estructuras feudales creadas siglos atrás (Casado Alonso, 1996: 60). En Castilla la crisis fue especialmente grave entre los años 1360 y 1390 y entre los indicadores que se han argüido para explicarla aparecen motivos tan variados como el estancamiento poblacional, problemas agrarios que desembocan en estancamientos de las roturaciones, crisis de la economía de los campesinos, tensiones nobiliarias y conflictos dinásticos o revueltas sociales, por citar solamente algunos de ellos (*ibidem*, 61).

No es hasta comienzos del XV, sobre todo a partir de 1425 o 1430, cuando se comienza a salir de esta crisis, cuando territorios tales como Burgos, Soria, Palencia, Valladolid, Segovia y la misma Ávila, en definitiva las tierras del viejo reino castellano, experimentan un gran desarrollo por encima de lo que es el actual territorio leonés -León, Zamora y Salamanca-, los cuales crecieron con menor intensidad. Son varios los motivos de este lento pero progresivo crecimiento que siempre estuvo gravitando hacia la parte oriental del territorio castellano, aunque los principales giraron en torno a la inversión de las tendencias demográficas: ahora comienza a recuperarse el crecimiento de la población, se recupera el campo y la ciudad, la auténtica protagonista de nuestro estudio, comienza a despuntar de manera que la presencia de numerosos nobles y una efervescente oligarquía urbana permitió el surgimiento de un artesanado relativamente especializado que trabaja por medio del *verlagsystem* y, por extensión, del comercio que en estos momentos comienza a operar a larga distancia (*ibidem*).

Buena parte del éxito que tuvo la ciudad de Ávila en esta época, muy por encima de otras capitales castellanas, se lo debió a la industria textil y pañera y junto con la vecina ciudad de Segovia se convirtieron en los mayores productores textiles de Castilla (cf. Gual Camarena, 1967 o Iradiel, 1974). Junto con el clero y la nobleza, fueron las oligarquías urbanas las que dominaron buena parte de la vida de las ciudades castellanas y así, mientras que en Salamanca o Zamora son la pequeña nobleza quien sostiene su poder en la posesión de amplias fajas de terreno de dichas ciudades, en Soria lo lograron merced al control de enormes rebaños, muchos de ellos trashumantes y en ciudades tales como Burgos, Segovia o Medina del



Campo lo consiguieron gracias al comercio y fabricación de paños (Casado Alonso, 1996: 72). Buen reflejo de esta emergente riqueza ciudadana lo encontraremos en el gusto por el uso de objetos lujosos, tales como ropas, armas, joyas, construcción de palacios o simplemente en "vestir las mesas" en terminología de la época (Antoranz Onrubia, 2001: 115-121).

La ciudad de Ávila desde los siglos XII o XIII es asiento de las tres culturas (Tapia Sánchez, 1989: 100-103), que perduran hasta la expulsión de los moriscos allá a principios del XVI. Bien comunicada a caballo entre las dos castillas, pronto se desarrolló un artesanado que comerciaba sus productos en los dos mercados más importantes de la ciudad, el Mercado Grande y el Chico, nacidos merced a la demanda de determinados productos básicos y de carácter suntuario que progresivamente van demandando los grupos más favorecidos de la ciudad (Barrios García, 2000: 312). Fruto de este éxito artesano y comercial en Ávila es la proliferación de mesones, donde recalaban huéspedes mercaderes y gentes de paso, lugar donde se encontraban las "estabías" o corrales para guarecer el ganado<sup>5</sup> de los mismos, así como un buen número de tiendas que ocupaban no sólo la plaza del Mercado Grande sino también la del Mercado Chico y la de San Vicente (*ibidem*). El fuerte ritmo económico que había adquirido Ávila desde los últimos años del siglo XIII, la convirtió en un importante centro de negocios que celebraba, por ejemplo, una feria anual en la denominada Plazuela de la Feria, en el extrarradio meridional, así como algunos mercados semanales de los que ya se hiciera eco Martín Carramolino en su clásica *Historia de Ávila* de 1873.

No extraña, por ello, que en la ciudad se concitaran tanto mercaderes como artesanos venidos a veces de lugares lejanos a comerciar con productos muy dispares. Como bien señala Barrios, al menos la sal y el vino, junto con numerosas especias y productos preciosos fueron objeto de comercio de importación (2000: 313), a veces procedentes de puntos tan distantes como las costas mediterráneas, como lo prueba además la presencia de vajillas de cierto lujo rescatadas por nosotros en la excavación de la Plaza de Santa Teresa, o manufacturas que probablemente se elaboraron en la misma ciudad, como la loza mudéjar, de la cual damos buena cuenta en las páginas que siguen.

Fue el sector más poderoso de la ciudad, aquella oligarquía urbana a la que nos referíamos en líneas anteriores, quien hizo ostentación de buena parte de estas manufacturas. La organización social del complejo entramado que conformó la ciudad abulense a lo largo de la Edad Media y la Moderna aparece articulado en una serie de grandes áreas o núcleos que Villar Castro establece a partir de un *Becerro* fechado hacia 1303 y dado a conocer por Pilar Laguzzi allá por 1949 (Villar Castro, 1984: 69-89). Los cambios sociales y económicos terminaron por definir el entramado urbano conformado por el núcleo defensivo amurallado de la parte alta de la ciudad, rodeado por numerosos arrabales situados en todas las direcciones: arrabal oriental o ciudad alta extramuros, arrabales del norte, arrabales del mediodía y arrabal del Puente, en los que encontramos tanto áreas residenciales como artesanales en donde se repartieron, al menos hasta finales del siglo XV, compartiendo espacio las comunidades de las tres religiones (*ibidem*, 73). No obstante, parece que existió una poco nítida división funcional y social de la ciudad, ya que si la parte alta constituía el "corazón" de la misma y era el lugar donde residían los estamentos más poderosos, junto con el arrabal oriental que constituía el asiento de los órganos rectores eclesiásticos y civiles, también era el área donde llevaban a cabo su actividad profesional los artesanos más especializados y mejor considerados, normalmente en manos de judíos y mudéjares, muchos de los cuales procedían de la vecina ciudad de

---

<sup>5</sup> Tal vez en la cercana calle conocida con el nombre de "Pilón de las Bestias" situada detrás del Convento de la Magdalena, se encontraba una de esta estabías.





Toledo de donde habían sido expulsados, como apuntábamos, hacia 1225 (Tapia Sánchez, 1989: 100), algunos mercaderes (mayoritariamente judíos) y el grupo de profesionales que Villar Castro catalogó como sector terciario: médicos, cirujanos, barberos, notarios... La periferia, más desprotegida, aparece ocupada a lo largo de los siglos por los sectores de la sociedad menos favorecidos y así en el arrabal meridional encontramos a los escasos agricultores que permanecían en las inmediaciones de la ciudad, los pastores y un importante grupo de artesanos mudéjares dedicados tanto al trabajo en el campo como a aquellos oficios por los que mostraron especial predilección, como los de albañil, alfarero o carpintero (Villar Castro, 1984: 75). Por su parte, los arrabales del Puente acogieron aquellos grupos dedicados al trabajo de curtidos de pieles cuyas tenerías fueron trasladadas del interior de la ciudad a este lugar según una orden dada por los Reyes Católicos en 1483 para que "*ciertas tenerías e noques e pelambres e otras cosas de cortidumbre que en la dicha judería estauan, so ciertas penas, las sacasen de la judería e cibdad e los pasasen a las tenerías que estauan a par del río*"<sup>6</sup>.

El documento que M<sup>a</sup> Pilar Laguzzi publicara en 1949<sup>7</sup> y revisado después por Barrios García (1983) y Sánchez del Barrio (1989: 127-153), describe detalladamente el entramado urbano y las construcciones que se levantaban en aquellos momentos. Como bien apunta Villar Castro, es llamativo el escaso uso de la piedra a favor, en cambio, de una utilización casi masiva de la arcilla, bajo la forma de tapial o adobe. Solamente en edificaciones de cierta importancia se utilizó masivamente la piedra granítica, tan abundante en la zona, ubicadas éstas en el eje que une los mercados Chico y Grande, en el centro neurálgico de la ciudad (Villar Castro, 1984: 84).

---

<sup>6</sup> Archivo Municipal de Ávila 1/55 (*apud* Villar Castro, 1984: 75).

<sup>7</sup> *Becerro de visitaciones de casas y heredades de la Catedral de Ávila*, custodiado en el Archivo Histórico Nacional, Sección Clero, Códice 484B.





## ACERCA DE LOS VERTIDOS DEL GRANDE: ALGUNAS INTERPRETACIONES DE PARTIDA

**H**acia el siglo XIV o principios y mediados del XV el área del Mercado Grande constituía uno de los focos de mayor importancia socio-económica de Ávila y era el lugar donde se encontraban las calles comerciales y artesanales, pero también hospitales y conventos, muy próximos al área de residencia de los caballeros y nobles que lo hacía al interior de las murallas, en las inmediaciones del viejo alcázar contiguo a la catedral. No obstante, aún encontrándonos con el área más elitista de la villa, la imagen que nos ofrece en la Baja Edad Media distaría mucho de las ciudades del mediodía peninsular, tomemos como ejemplo la Córdoba musulmana, planificadas conforme a unas trazas urbanísticas determinadas en donde la recogida de residuos o la presencia de conducciones de agua era un hecho prioritario para sus gobernantes (Córdoba de la Llave, 1994: 125-167). En las ciudades castellanas en la Edad Media y Moderna, aún cuando existía una clara preocupación por la evacuación de los residuos e incluso se extendía la creencia de que las condiciones de salubridad en las villas dependían directamente del estado de limpieza e higiene de sus calles (*ibidem*, 1998: 145), dichas condiciones no eran las más adecuadas para unos centros tan pujantes en lo económico y lo social. Si bien no faltaron soluciones tales como la creación de incipientes servicios de limpieza de calles y plazas o la obligación de arrojar los desperdicios procedentes de los propios hogares o de las actividades industriales -tenerías o carnicerías, por ejemplo- a los muladares ubicados extramuros de las ciudades, a la hora de llevar a la práctica tales medidas éstas tuvieron escaso éxito (*ibidem*).

De ahí que fueran práctica corriente eliminar las basuras, sólidas principalmente, en los denominados pozos negros. Se trataba, simplemente, de fosas que solían estar situadas en los patios o corrales de las casa o, si no existía espacio suficiente en cada unidad habitacional, en las afueras de las casas, tal como se hace mención en el Becerro de la Catedral de Ávila donde se especificaba que "*los otros corrales e trascorrales e camaras que tapio maestre Martín todas las tapias caidas que ay pocas de ellas e muchos cimjentos destroidos y los trascorrales grandes muradales e passan por y las gentes e logares de tristegas como de concejo e dicen por fama que después que lo tomo Johan Esteues se menoscabo esto*" (Laguzzi, 1949: 171). Traemos a colación estas reflexiones, por cuanto la práctica totalidad de los restos que analizamos en estas páginas de época bajomedieval recuperados en el Grande procedían de varios depósitos cerrados -en un caso (sector 3) una importante bolsada de tierras oscuras que contenía un heterogéneo cúmulo de restos mayoritariamente cerámicos, pero también metálicos, constructivos o faunísticos, entre los más importantes, y en otro (sector 5 y 7) formado por un echadizo o nivel muy oscuro que acogía abundante material cerámico-, que en un principio interpretamos como muladares, tan al uso en las ciudades en la Edad Media. Aún cuando la comprensión de estos depósitos cerrados, tan similares por otro lado, a aquel otro que aparecía, en este caso, sellado por



un potente solado de cal en el patio sur del castillo peñañelense (Quintana, Santiago y Cruz, 1999: 171-172), pudiera parecer más o menos clara, tenemos no pocas dudas acerca de la auténtica función de los mismos.

Situado hacia el sector central de la plaza de Santa Teresa, el rodal de tierras negras documentado en el que denominamos sector 5, aparece sellado por una atarjea pétreo de época moderna o tal vez contemporánea y que sigue la vaguada natural a favor del río que parece definirse prolongando la línea que une la actual calle Estrada con la Bajada del Pilón de las Bestias, entre los promontorios del recinto murado y aquel donde se levanta la iglesia de San Pedro. Si bien no se pudo documentar en su totalidad, parece verosímil interpretarlo o bien como uno de los muchos pozos negros que se disponían por doquier en la ciudad, similar a los pozos-silo que en su día excavó Barraca en el cercano circuito de San Pedro (1993: 242) o, más verosímilmente, como un vertedero que aprovecha este sector de topografía deprimida. El potente nivel exhumado en el sector 3, aparece cercenado por el atrio de la iglesia de la Magdalena al sur y el sótano de la antigua Caja de Ahorros al este; asentado sobre una subsolación llevada a cabo, con seguridad, en un momento que no cabría llevar más allá del siglo XIII o principios del XIV que afectó tanto a los niveles inferiores romanos como a los que se pudieron disponer después (incluso las tumbas de época plenomedieval documentadas aparecen arrasadas casi hasta su base), aparece sellado, ya en época moderna, por un suelo de losas de granito que parece servir de pavimento de un calle que flanqueaba la plaza por el sur y que conducía hasta el mencionado Convento de la Magdalena. Sin que se pueda negar que nos topamos ante una auténtica acumulación de desperdicios, refrendada por la presencia de restos tan variopintos como huesos de animales<sup>8</sup>, algunas pocas escorias de fundición e, incluso, pequeñas piezas de bronce seguramente relacionadas con ropajes o telas-agujas, alfileres o algunos apliques que sirvieron de adorno-, escasos restos constructivos o toda una colección de objetos de la vida doméstica, ya prácticamente inservibles, como por ejemplo una mano de almirez de bronce o la magnífica colección cerámica a la que nos vamos a referir a continuación, no deja de llamarnos poderosamente la atención la notable sincronía temporal de las piezas allí vertidas -todas ellas no parecen abarcar un tramo temporal que rebase mucho más de un siglo o siglo y medio-, como si buena parte de la cacharrería de una de las numerosas casonas o palacios ricos de Ávila en un momento determinado, mediados o finales del siglo XV, se hubiera desechado haciéndose *tabula rasa* del contenido de la casa. Salvando las distancias, no creemos que este hecho se desmarque de la interpretación que se dio en su momento del muradal localizado en el viejo foso juanmanuelino del castillo de Peñañiel, al cual vamos a recurrir con notable frecuencia, literalmente lleno de desperdicios de diversa naturaleza que entre grandes bolsadas de cernada y amasijos de escombros que tuvieron que ser sellados por una potente capa de cal abstergente y que rindió, entre otros, una importante colección de cacharros cerámicos que, como los nuestros, nos trasladan a las despensas, fogones y mesas propios de gentes con un marcado *status* social de las últimas décadas de la Edad Media (Quintana, Santiago y Cruz, 1999: 171-172).

Como ocurriera en el basurero de aquel castillo, formado en aquel caso en el intervalo de 1380-1430, nuestro muladar aparece amortizado por medio de un suelo enlosado que viene a marcar una fase constructiva más en la secuencia de la plaza de Santa Teresa; este hecho podría venir a despejar las dudas que tenemos a la hora de interpretar nuestro depósito ¿no será que tal cúmulo de basuras se utilizaron en un momento dado para rellenar un terreno de por sí enormemente quebrado con la finalidad de allanar la plaza y dotarla de un espacio urbanístico mejor dotado que en la etapa anterior?

---

<sup>8</sup> Son tan escasos los restos de fauna que comparecen en el nivel que resulta difícil entender el vertido como un basurero en toda regla, al menos en el sentido estricto del término.



## TRES SIGLOS DE HISTORIA A TRAVÉS DE LAS CERÁMICAS ABULENSES

**E**l muladar documentado en el Grande como el que conocemos del castillo de Peñafiel, salvando las distancias que median entre ellos, recogen con mayor o menor fidelidad una serie de instantáneas de la vida cotidiana, de la nobleza en un caso y posiblemente de la oligarquía urbana en otro, de la que tantas páginas se han escrito hasta la fecha (García de Cortázar, 1994: 3-48). Es por ello que las líneas que siguen pretenden acercarse a una manifestación particular del registro arqueológico, muy abundante en el caso del documento abulense, gracias al cual podemos aproximarnos, bien es cierto que de manera telegráfica pero no menos firme, a toda una serie de cuestiones de tan hondo calado como pueden ser los gustos de los usuarios por determinados tipos de vajilla, la procedencia de tales piezas, las formas de vestir las mesas o la cuestión, nada baladí, acerca de la posible existencia de alfares mudéjares en la propia ciudad de Ávila, que ya atisbó en fechas recientes Villanueva (1998: 299-300). En las páginas que siguen trataremos de desgranar todos estos asuntos.

A pesar de que el estudio de la ollería medieval, tradicionalmente denostado a favor de otras manifestaciones como por ejemplo las artísticas, ha cobrado un impulso en fechas no muy lejanas gracias a trabajos tales como los de la autora mencionada (*ibidem*), no contamos con la tradición de zonas tales como la del Levante español (González Martí, 1944), por citar solo una de las más importantes, en la que aparte de conocer buena parte de sus producciones, la documentación existente permite deducir incluso la terminología y el diferente uso de los cacharros que salieron de sus alfares (Pascual y Martí, 1986). Aunque los trabajos como el de Villanueva (1997: 423-436), van intentando subsanar muchas de las lagunas con que nuestra tradición ceramológica cuenta, aún queda mucho camino por recorrer. De ahí que, a la hora de llevar a cabo una primera clasificación sigamos unos criterios que se basan *grosso modo* en la agrupación de las cerámicas que por su función lo hacen en piezas de almacenamiento, de cocina y de mesa, encontrando la misma distinción que en la época se hacía entre *obra aspra*, o lo que es lo mismo, aquellos cacharros esmaltados, por lo común, en tonos verde turquesa, amarillo melado o blanquecino y el *opus album et pictum*



Los más viejos cacharros  
cristianos del Grande



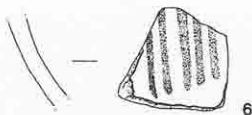
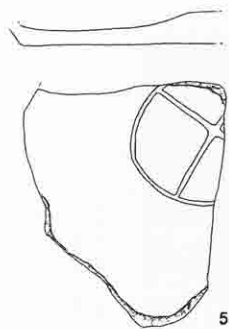
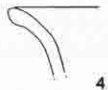
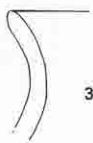
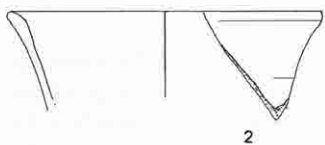
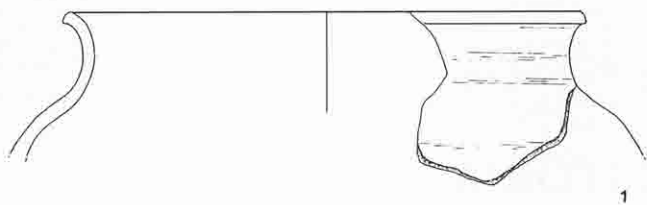


Lámina 44

cuando se refieren a las lozas decoradas (Soler, 1997: 137). Esta distinción no deja de comparecer, en definitiva, hasta nuestros días con denominaciones tales como alfarería *de basto* (Seseña, 1997) o cerámica utilitaria, como se la ha conocido en Castilla (González, 1989 [I]: 33-34).

La producción alfarera, como elaboración artesanal perfectamente establecida y pautada en los reinos castellanos del cuatrocientos tanto en lo que se refiere a su elaboración y distribución, se erige en un documento ineludible a la hora de aproximarnos a los hábitos relacionados con la elaboración y conservación de los alimentos, su presentación en la mesa y en último lugar, por citar ahora algunos de ellos, a su evacuación por medio de los conocidos bacines, tan utilizado hasta prácticamente nuestros días (González, 1989 [I]: 282) y que en época bajomedieval llegaron a fabricarse, según el poder adquisitivo de cada individuo, en cobre, latón, azófar o incluso en plata labrada como los que encontramos en un inventario de bienes pertenecientes a doña Leonor de Alburquerque (Córdoba de la Llave, 1998: 149-150).

Resulta, no obstante, complicado adivinar en la mayor parte de los casos, tal vez por nuestro propio desconocimiento unas veces y por la sequía de las fuentes en otras, la utilidad exacta dada a buena parte de los recipientes, por más que sean numerosas las obras que han intentado aproximarse, con desiguales resultados, a aquella. Como expresamos algunos de nosotros al estudiar la ollería del ya tantas veces citado castillo de Peñafiel, dejamos de lado la separación que sustenta en los propios alimentos el fundamento exclusivo de los recipientes cerámicos y nos quedamos, en cambio, "con la idea difícilmente rebatible, de que tras la especialización tecnológica existió al menos una relativa especialización funcional" (Delibes et alii, 1999 [I]: 89).

Nos metemos en harina pues, en el análisis pormenorizado, seguramente con desiguales resultados, de los cacharros que ha rendido la excavación de la Plaza de Santa Teresa.



# LA OLLERÍA DE CRISTIANOS Y MUDÉJARES EN LA ETAPA PLENOMEDIEVAL A PARTIR DE ALGUNOS DOCUMENTOS AISLADOS

**P**asan por ser algunas de las cerámicas más viejas del Ávila medieval<sup>9</sup>, las cuales podemos llevar al siglo XIII, las documentadas por nosotros en una de las tumbas de la Iglesia de la Magdalena, las que comparecen en los sondeos 5 y 7, las que Ruiz Entrecanales exhumó en un enorme silo aparecido a extramuros de la ciudad, en el actual Paseo del Rastro y las que reciente hemos documentado en un silo excavado en la calle Estrada<sup>10</sup>. Su importancia aparece acrecentada, además, por venir a caracterizar las producciones de los dos grupos culturales mejor representados en la ciudad cuales son los cristianos y los mudéjares.

Las piezas correspondientes al primero de ellos -un reducido lote compuesto por no más de una docena de trozos-, aparecieron formando parte del relleno de una de las escasas tumbas que pudimos documentar al pie de la iglesia de la Magdalena, las cuales parece que formaron parte del cementerio de aquella. Se trata de un homogéneo lote de cacharros facturados a torneta de colores parduscos como corresponde a cochuras reductoras o mixtas; portan desgrasantes de naturaleza silíceo o en menor medida micácea y las superficies en la mayor parte de los casos aparecen atersadas producto de un fino alisado. Merced a que la colección rescatada apareció enormemente fragmentada, encontramos enormes dificultades a la hora de realizar, con mínimas garantías, una tabla más o menos significativa de formas. No obstante, podemos mencionar la presencia de algunas escudillas así como pequeñas ollas de cuerpo globular y labio exvasado (lam. 44, n° 1), algunas con decoración acanalada o estriada que sigue en sentido horizontal las líneas del torno, otras portando asas acintadas, en todo similares a las jarras tipo 6 de la tabla tipológica de Turina (1994: 64), que se sitúan en un abanico temporal lo suficientemente amplio como para no poder asignarlas a un momento determinado. Una de ellas, sin embargo, permite mayores precisiones. Sobre la base de un fragmento de fondo plano levantado también a torneta, aparece en relieve una cruz o aspa inscrita en un círculo (lam. 44, n° 5); se trata de un motivo decorativo harto frecuente en la provincia de Zamora así como en bastantes ciudades castellanas (Larrén, 1992), el cual se asocia casi exclusivamente, al decir de Larrén

---

<sup>9</sup> Al menos las que conocemos nosotros a través de la bibliografía existente hasta la fecha.

<sup>10</sup> Efectuamos la intervención en verano de 2002 en un solar sito entre la C/ Estrada y San Segundo.



y Turina (1995: 267), a recipientes tipo ollas que se vienen datando en un arco temporal que iría desde mediados del siglo XI a inicios del XIII (*ibidem*). Con un alto valor diagnóstico, aún cuando se trata de un pequeño fragmento correspondiente a una pieza de tipología indeterminada, cuenta un fragmento que al exterior muestra una serie de líneas verticales bruñidas paralelas entre sí (lam. 44, nº 6) por cuanto este tipo de piezas, si bien las encontramos hasta bien entrado el siglo XVI o incluso el XVII (Turina Gómez, 1994: 70) cabe llevarla a época medieval; esta suerte de decoración que, entre otros puntos, se encuentran en el área leonesa, zamorana o vallisoletana (Moreda *et alii*, 1998: 21), se fecha hacia finales del siglo XII y a lo largo del XIII (Turina, 1998: 64).

Frente a este escuálido lote de cacharros, encontramos cuatro depósitos, bastante homogéneos y bien representados numéricamente, en los que merece la pena detenerse al menos durante unas pocas líneas; nos enfrentamos, sin ningún género de duda, ante evidencias de la peculiar alfarería de los alcarrerres mudéjares del siglo XIII. Las encontramos en sendos estratos (unidades de excavación 5 y 7) localizados hacia la mitad de la plaza del Grande, en un silo de tipo piriforme que Ruiz Entrecanales exhumó a principio de los años noventa extramuros de la ciudad, en la actual calle del Paseo del Rastro, esto es, hacia el oriente de Ávila (no lejos de la *maqbara* o cementerio islámico situado a orillas del Adaja excavada recientemente) y en una serie de silos aparecidos en un solar de la Calle Estrada las cuales, aunque no suponen más que unos dispersos puntos en el extenso mapa de la ciudad, nos vienen al pelo para trazar un brevísimo bosquejo del pasado mudéjar de Ávila desde el punto de vista de sus restos muebles.

El silo exhumado en la calle del Rastro<sup>11</sup>, que contaba con forma de embudo invertido y una profundidad cercana a los dos metros, rindió una gran cantidad de desperdicios entre los que se encontraba un importante número de huesos de animales, residuos de origen orgánico así como un lote cerámico que representa uno de los pocos conjuntos cerrados de esta época que se han documentado hasta la fecha en Ávila. Constituido por poco más de media docena de cacharros, algunos en avanzado estado de fragmentación, se rescataron tres piezas vidriadas y cinco más engobadas y sin tratamiento superficial. Dentro de este último grupo en donde predominan las piezas torneadas cocidas en atmósfera mixta con las superficies cubiertas con un fino engobado de color parduzco, comparecen piezas de la serie cántaro/cantarilla, en este caso un recipiente de grandes dimensiones que porta asa acintada, una pieza completa de la serie ollita de cuerpo globular y borde exvasado y asa de sección circular que muestra una ancha banda de suaves acanalados horizontales paralelos que recorren la panza. La serie jarrito/jarra viene a estar representada por medio de un fragmento que muestra fuerte carena a media altura, cuello vertical y asa de sección circular, cuya panza aparece recorrida por una banda horizontal de suaves acanalados paralelos entre sí. Por su parte, contamos con un fragmento de la serie olla, en este caso de la variedad de escotaduras que presenta cuerpo de forma globular cubierto todo el de profundos acanalados horizontales que a la altura del arranque del cuello muestra una destacada hombrera sobre la que se asienta un cuello de escaso desarrollo rematado en un labio levemente exvasado. Completa la colección, una pieza de tipología indeterminada que al exterior aparece cubierta por una serie de líneas verticales bruñidas paralelas entre sí.

Por su parte, el lote de piezas vidriadas se compone de un fragmento de la serie ataífor de fondo anillado vidriado en melado que muestra en el fondo tres estampillas ovales rellenas de trazos que semejan elementos vegetales, enmarcadas por suaves acanalados que recorren el fondo. Otros dos cacharros, esta vez cubiertos de un vedrío de color verde turquesa, en un caso

---

<sup>11</sup> Conocemos sus materiales gracias a las noticias aportadas por su excavadora así como al preceptivo informe redactado tras aquella intervención.





muy intenso, pertenecen por un lado a la serie redoma, de cuerpo globular asentado en un repié macizo y largo cuello rematado en un borde lobulado a modo de pico vertedor que porta asa de sección circular decorada por medio de sendas bandas horizontales de acanalados paralelos entre sí que cubren panza y cuello; el otro pertenece a la serie escudilla y aparece cubierta por una capa de vedrío verde turquesa muy tenue al interior del mismo.

Nos encontramos ante piezas de clara raigambre mudéjar que, gracias a las notables concomitancias con piezas de la Meseta Sur, especialmente con algunos de los yacimientos recientemente documentados en Madrid o Toledo, se pueden llevar sin excesivos problemas al siglo XIII. Aún sin ánimo de ofrecer una, siempre tediosa, lista de paralelos, no podemos dejar de asomarnos a ciertas estaciones de aquellas provincias integradas en la Marca Media -Cuesta de la Vega o especialmente la Plaza de Oriente (Madrid), entre las mejor conocidas, o Melque en Toledo-, área donde la tónica de las producciones mudéjares del siglo XIII se decanta por una escasa variedad formal en la que predominan las cazuelas o jarras con decoración estriada y cuerpos a veces fuertemente carenados de clara influencia omeya o taifa (Turina, 2001: 802) o los atafiores que en no pocas ocasiones aparecen decorados con estampillas que en nuestro caso recuerdan a las palmetas u "hojas-palmeta" de ciertas formas de Madinat al-Zahra (Cano Piedra, 1996: 106) o con estampillas de forma almendrada rellenas con un círculo inciso (Aguado Villalba, 1983: lam. X) algunas de influencia almohade al decir de Retuerce (1998). Por el contrario, las características piezas vidriadas en verde y morado, tan frecuentes en el siglo XIV, aparecen escasamente representadas, hecho que no dejamos de observar en Melque, la madrileña estación de la Cuesta de la Vega (Turina, 2001) o en los mismos sondeos 5 y 7 del Mercado Grande abulense. Piezas tales como la escudilla y la redoma vidriados en verde son ejemplares de clara raigambre islámica, según las notables similitudes entre nuestra escudilla y las toledanas hispanomusulmanas (Aguado, 1983: lam. XI), o la redoma del silo del Rastro

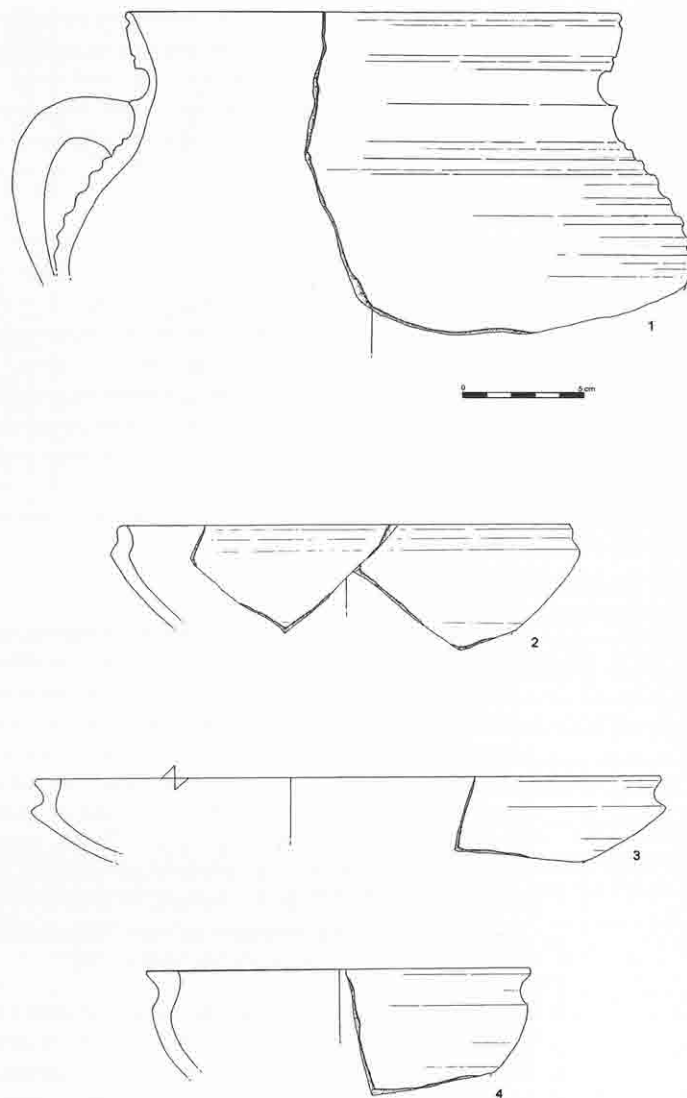


Lámina 45



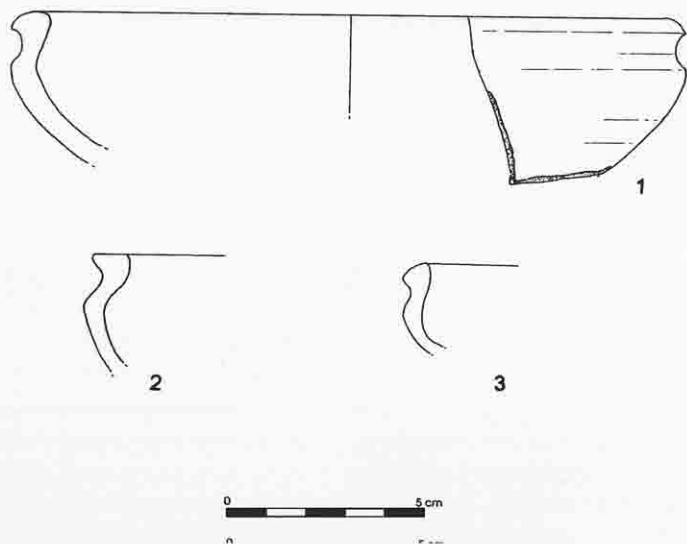


Lámina 47

importante de vasijas de cocina y almacenamiento torneadas, cocidas en atmósfera reductora o mixta que no muestran un tratamiento excesivamente cuidado de sus superficies. Dentro de este grupo encontramos algunas piezas de la serie jarro/jarrito de labio ligeramente exvasado y engrosado al exterior con asas de sección acintada o circular, aunque son los fragmentos de las series olla o marmita y cuencos/escudillas los que concitan el mayor interés por nuestra parte. Dentro de los primeros, encontramos un tipo muy representativo de la alcallería mudéjar, tales como los pucheros de cuerpo globular con decoración estriada y borde engrosado marcado al exterior por una profunda escotadura de la cual arranca un asa de cinta (lam. 45, nº 1). Se trata de un tipo que ya documentamos en el silo de la calle del Rastro y que cabe paralelizar con las ollas en escotadura de la tipología de Turina, quien las documenta en el yacimiento de la madrileña Plaza de Oriente y las emparenta, a su vez, con producciones emirales, de las cuales derivaría (2001: 804). Por su parte, tiene buen acomodo en el subtipo F.02.G de la tipología de Retuerce (1998 [I]: 279) autor que las encuadra a su vez en el grupo de los recipientes de cocina mudéjares del siglo XIII, morfología que parece que fue manufacturada en los alfares bajomedievales de la Plaza de Oriente de Madrid (*ibidem*: 286).

El grupo de los cuencos/escudillas o atafiores cuenta con una importante representación y variedad formal; compuesto por poco más de una docena de piezas, encontramos desde sencillas piezas de tendencia hemisférica o troncocónica hasta los característicos cacharros carenados -de borde engrosado, hombro resaltado al exterior y labio moldurado para insertar una tapadera-, en donde la variedad de soluciones es abrumadora (lam. 45, nºs 2, 3 y 4). Su relativa variedad y versatilidad de usos bien pudiera explica el hecho de que se trate de uno de los cacharros que en más ocasiones aparece mencionado, por ejemplo, en la compra de vajilla para aprovisionar los banquetes de las cofradías vallisoletanas (Villanueva, 1998: 226); lo

con piezas islámicas de la ciudad de Valencia de la transición del siglo XII al XIII (Bazzana, 1990: 160; Azuar *et alii*, 1995: 142) o del yacimiento, también valenciano, del Tossalet de San Esteve, vidriado éste en color melado y datado también en estas mismas épocas (Coll, Martí y Pascual, 1988: 76). No nos olvidamos tampoco del fragmento decorado con líneas bruñidas el cual, como expresamos líneas arriba, tendría buen acomodo en las fechas que estamos manejando para nuestro depósito y que nos puede servir, además, para hermanar virtualmente las producciones de una y otra religión.

A propósito de los sondeos arriba mencionados nos encontramos, de antemano, ante una personalísima producción de cerámica común, muchas de ellas cubiertas de un engobe de color anaranjado brillante, similares a las piezas anteriormente descritas, las cuales nuevamente están reclamando paralelos de origen islámico.

La colección de cacharros rescatada en la **unidad de excavación 5**, que según avanzábamos líneas atrás aparecían en una posible acumulación de desperdicios o pozo negro, se encuentra compuesta por un número



mismo ocurre en la ollería islámica de Valencia, donde estos recipientes cuentan con más de una docena de variantes (Bazzana, 1990: 161). Por su parte, dentro de la alcajería andalusí de la Meseta, este grupo cuenta con una gran riqueza formal donde Retuerce las tipifica en el grupo A. Correspondientes a la misma, encontramos en el Grande un fragmento de atañor correspondiente al subtipo A.26 (lam. 45, nº 3), en nuestro caso sin vedrío, que parece tener un origen norte-africano, concretamente almohade, y que viene situándose a partir de ciertos conjuntos cerrados como el de Calatrava la Vieja hacia los siglos XII-XIII, momento en el que los alfareros mudéjares continuaron torneándolos durante la etapa bajomedieval (Retuerce, 1998 [I]: 126-128). Bastante escasas, como ocurriera en la Meseta Sur en los primeros compases de la alfarería mudéjar (Turina, 2001), son las lozas que comparecen en la muestra. Solamente rescatamos cuatro fragmentos correspondientes a otros tantos atañores (lam. 47, nºs 1, 2 y 3) que cabría englobar en las piezas del citado tipo A de Retuerce (1998), uno vidriado en marrón, otro con cubierta blanca y dos más en verde de los cuales, debido a su precario estado de conservación, poco más podemos apuntar.

Completa la muestra un fragmento de cazuela del tipo G.10.A de la tipología de Retuerce (lam. 46, nº 1) cuya relación morfogenética permite ser emparentada con las producciones de corte Almohade que, a lo largo de los siglos XII y XIII<sup>12</sup>, llegó a difundirse por buena parte de la Península (Retuerce, 1998 [I]: 314-316).

Un par de botes u orzas (lam. 46, nºs 2 y 3) que pueden encuadrarse dentro del tipo E (*ibidem*: 258-259) y un trozo de redoma o aceitera de cuello tubular y labio moldurado (lam. 46, nº 4) perteneciente al tipo B (*ibidem*: 147-173) cuentan con idéntica cronología a los anteriores y vendrían a rellenar -aunque de manera un tanto esquelética-, un cuadro formal más o menos similar al que ofrecen algunas

<sup>12</sup> *Grosso modo* vendría a llenar el tramo temporal que abarcan los años 1195 y 1212 dentro del Período Africano de la cerámica andalusí (Retuerce, 1998 [I]: 315).

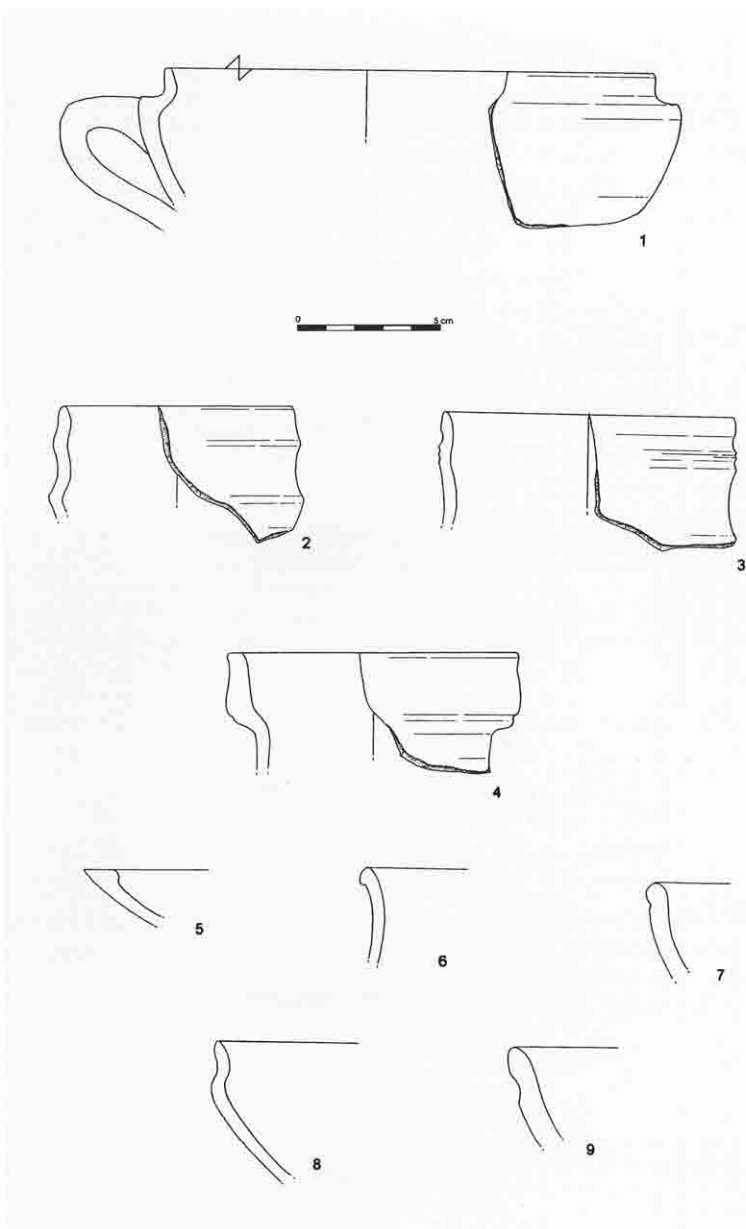


Lámina 46



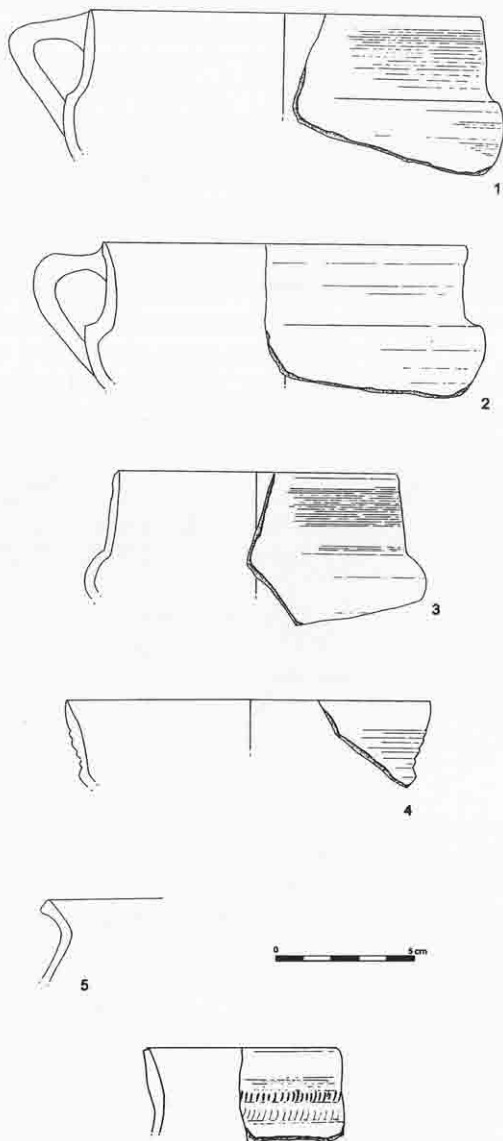


Lámina 48

de las estaciones de época mudéjar desenterradas en la antigua Marca Media.

Las características piezas engobadas de brillo metalescente de tipo Duque de la Victoria, sobre las cuales Villanueva llevó a cabo su estudio (*ibídem*), aparecen en Ávila con cuentagotas, pues únicamente sabemos de un ejemplar de salero de borde lobulado aparecido en un pozo o silo próximo al ábside de la iglesia de Santa María, acompañado de una serie de cacharros que tipológicamente se pueden llevar al siglo XIII (Barraca de Ramos, 1993: 242); el sondeo 5 ha rendido un solitario fragmento de la serie jarrito correspondiente al asa de un cacharro que únicamente permite apuntar la presencia de piezas engobadas que se dan un aire a las producciones del alfar vallisoletano, si bien no parece que nos encontremos ante un producto salido de aquellos obradores<sup>13</sup>.

En el sondeo 7 -el cual, recordemos, estaba situado hacia el centro de la plaza-, tuvimos la fortuna de documentar la cimentación de una pequeña fuente monumental que, como reflejan los planos de Coello de 1864, data de la segunda del siglo XIX (Sánchez Zurro *et alii*, 1991: 70). Estos cimientos se excavaron en un relleno de tierra oscura cuyo origen como un vertido de época parece fuera de toda duda, en el que exhumamos la colección cerámica a la que nos referimos a continuación. Se compone de un heterogéneo lote de cacharros dentro de los que hemos agrupado hasta cuatro grupos en virtud de sus tratamientos superficiales y sus pastas, diferenciación que podrían venir a establecer la existencia de otras tantas categorías de uso, a saber: culinario, recipientes de despensa, servicio de mesa y posiblemente elementos auxiliares domésticos (Villanueva, 1998: 252).

Una de las piezas con mayor personalidad lo constituyen los grandes recipientes cuyas pastas aparecen trabadas con desgrasantes de naturaleza micácea. Destaca, entre ellos,

<sup>13</sup> Una inspección *de visu* por parte de la Dra. O. Villanueva así lo hace pensar.



una gran orza o tinaja de gruesas paredes cocida en atmósfera mixta que gracias a su alto contenido en partículas de mica, le confiere unas propiedades refractantes apto para su uso en los fogones compartido con el almacenamiento de líquidos o alimentos, gracias a los baños de barro que al interior portan algunos de los recipientes; tales piezas cuentan con colores de tonos grisáceos o parduscos, lo que le dota además un aspecto granulado. Nuestra orza, de la que desconocemos la forma en que remata el borde, presenta grandes baquetones digitados que recorren horizontalmente su cuerpo. Se trata de un tipo de recipiente que ha contado con gran aceptación a lo largo de la historia, gracias a lo cual comparecen desde al menos el siglo XIII hasta nuestros días. Son tipos, por otro lado, cuyo origen zamorano, concretamente de la localidad de Pereruela donde son típicas, parece más o menos contrastado (Turina, 1994), teniendo una distribución por amplias áreas de Castilla donde, hasta el día de hoy, las encontramos en buena parte de nuestras cocinas.

El grupo de piezas sin tratamiento, escasamente representativo, lo constituyen una serie de vasos torneados cocidos en atmósfera reductora o mixta entre los que hemos podido constatar la presencia de cacharros de la serie olla y orza, algunas de ellas con grandes asas acintadas que, a causa de su notable estado de fragmentación, apenas si merece que nos detengamos en ellas.

Es el conjunto de las cerámicas con las superficies bañadas en barros de colores rojizos, sin duda alguna, el que tiene mayor interés dentro de los rescatados en el sondeo. Se compone de una nutrida partida de piezas torneadas cocidas en atmósfera oxidante que presenta pastas, por lo general, bastante bien decantadas hecho que le permitió levantar cacharros de finas paredes. La marcada personalidad del mismo le viene otorgado por un fino baño o engobe de color anaranjado aplicado tanto al exterior como al interior de los recipientes que, en un par de casos, parece que torna metalescente o, al menos, irisado o brillante, muy similar a los tantas veces citados del alfar vallisoletano de Duque de la Victoria (Villanueva,

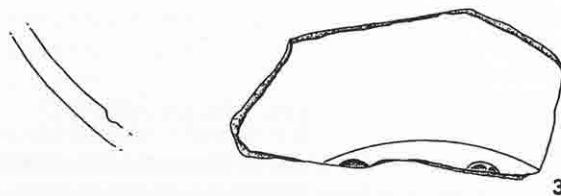
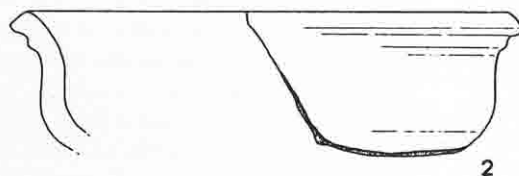
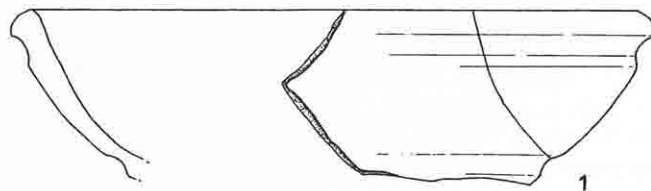


Lámina 49



1998). En el resto, estos baños de barro se encuentran peor fijados a las piezas por lo que parece, más bien, que nos encontramos antes con una sencilla aguada, muy liviana, que con un verdadero baño de barro anaranjado en toda regla. No es casualidad por tanto, que porten esta suerte de recubrimiento una serie de piezas de cuerpo globular y cuello recto o a veces levemente entrante, la mayor parte de las cuales llevan una sencilla asa de cinta aplicada que une borde y panza, la cual aparece decorada con suaves estrías horizontales corridas al igual que el cuello (lam. 48). Tales cacharros, aún siendo similares a la serie jarrito del alfar vallisoletano -en éstas el baño aparece únicamente al exterior (*ibidem*: 216), reclaman paralelos en el mundo islámico donde aquellas aparecen con relativa frecuencia.

Así, las observamos en el Toledo hispanomusulmán donde Aguado las describe cubiertas de una fina engalba roja (1983: lám. IX; Llubí, 1967: 47), en Valencia (Bazzana, 1990: 158) o, más cerca de nuestro territorio, en Ágreda donde, como ocurre en nuestro caso, las piezas tienen las paredes muy finas que producen cacharros de escaso peso con las pastas de colores rojizos o anaranjados (Turina, 2001: 807). Se incluyen sin excesivas dudas por nuestra parte dentro del grupo de piezas cuya denominación más frecuente es el de jarras/jarritas o marmitas características de la forma C de la tipología de Retuerce (1998 [I]: 174). Dentro de este amplio grupo, nuestras jarritas recuerdan a las que el autor mencionado incluye en el subtipo C.13 (lam. 48, nºs 1, 2 y 3) (1998 [II]: 116-117), el cual aparece bien representado de forma casi exclusiva en la Meseta Sur -sobre todo en el corredor del Henares y, en menor medida del Tajuña-, hasta tal punto que Retuerce las cree exclusivas y típicas de esta región en un momento que viene a ocupar los siglos X y XI (*ibidem*, 1998 [I]: 196), cronología tal vez excesivamente vieja para nuestras piezas<sup>14</sup>. Creemos que estas piezas, de indudable sabor andaluz probado, por ejemplo, a partir de las enormes concomitancias con ciertas ollas y jarras carenadas del yacimiento madrileño de Calatalifa (Retuerce, 1984: 122-123), han de ser puestas en relación con producciones típicamente mudéjares tales como, para el caso que nos ocupa, una característica producción de jarritas carenadas con pie de tipo copa típicamente mudéjares (Gutiérrez *et alii*, 1995: 316-324) y que guardan cierto aire de familia con las descritas por nosotros, aunque en aquellas están ausentes los característicos engobes anaranjados de las nuestras<sup>15</sup>. Tales concomitancias entre cacharros que vienen a llenar más de trescientos años no parece responder más que a un lento proceso de "mudejarización" que, con escasos cambios sustanciales, vino a sufrir la cerámica andalusí (López del Amo, 1995: 217-218).

La decoración, prácticamente ausente como hemos podido observar hasta ahora, aparece representada por un reducido fragmento que muestra un sencillo esquema decorativo impreso corrido en sentido horizontal en la que se despliegan sendas bandas de finas incisiones verticales que parecen estar efectuadas a ruletilla, motivo que no es desconocido en el mundo islámico, como parece probarlo la presencia de una tina del yacimiento valenciano de Torre Bufilla en Bétera datada en el siglo XIII (Coll, Martí y Pascual, 1988: 77).

Completa la colección de este sondeo unas pocas lozas (no más de media docena de trozos) de los que destacamos un par de cuencos de borde biselado con cubierta estannífera en verde oliva y melado al interior en ambos recipientes (lam. 49, nºs 1 y

<sup>14</sup> Pasarían por ser los cacharros medievales más viejos de los exhumados en Ávila hecho que, por el momento, no estamos en disposición de certificar a partir de las evidencias, pero sobre todo también de los propios contextos -remiten no antes del siglo XIII- donde nos movemos.

<sup>15</sup> Tal vez una señal de modernidad de las jarritas del sondeo 7 del Grande frente a las piezas de la Marca Media es la presencia de este engobe o engalba roja que sobre aquellas, aparece a veces en el interior, reservándose la superficie externa para dibujar una serie de trazos verticales rojos o negros sobre un fondo de tonalidad clara (Retuerce, 1998 [I]: 195). Este detalle nos lleva a desmarcar las piezas abulenses de aquellas otras de época Omeya de donde, indudablemente, beben.



2) y un fragmento de atañor vidriado en melado al interior y al exterior que presenta el extremo de un par de estampillas enmarcada por arriba por una línea incisa (lam. 49, nº 3), similar a la pieza que exhumó Ruiz Entrecanales en el silo de la calle Paseo del Rastro. Nuevamente están ausentes las características lozas decoradas en verde y manganeso como parece ser hecho propio de la alcajería mudéjar del siglo XIII.

Las excavaciones efectuadas en fechas recientes<sup>16</sup> en el solar número 15 de la Calle Estrada han deparado la presencia de una interesante ocupación de época mudéjar manifestada a partir de un par de estructuras negativas, concretamente una cubeta de planta circular y escasa altura y un profundo silo de forma de botella. Ha rendido el segundo de ellos, amén de unos pocos recipientes de cocina y almacenamiento muy fragmentados, un par de atañores completos con la superficie interior vidriada -uno en verde turquesa y en amarillo melado el otro-, acompañados de una jarrita carenada, también completa, de hombro marcado y cuerpo cubierto de acanalados y superficie engobada que reclama claros paralelos dentro de la producción mudéjar meseteña en la que se han venido incluyendo este tipo de piezas (Gutiérrez *et alii*, 1995: 316-324).

Creemos que los documentos presentados, permiten aproximarnos de forma más o menos precisa y a través de los documentos cerámicos, a la génesis de los grupos mudéjares abulenses los cuales, dejando de lado la documentación escrita o los restos arquitectónicos, apenas si se habían dado a conocer hasta el momento. No ha sido, como apuntábamos líneas atrás, hasta fechas recientes cuando se ha comenzado a constatar desde el punto de vista arqueológico la presencia de un importante contingente poblacional de origen musulmán del cual ya había dado buena cuenta la documentación existente (Tapia Sánchez, 1991); además, no es menos cierto que algunos trabajos habían tratado ciertos aspectos del pasado mudéjar de Ávila como el ya clásico artículo de González Rojas acerca de la vieja mezquita de la ciudad (1889: 207-212) o las líneas que en fechas recientes se han escrito sobre el rito funerario islámico (Bellido *et alii*, 1999 y Ruiz Entrecanales, 1998). No obstante, el contraste arqueológico de este grupo poblacional y, por extensión ¿del de los judíos?, ha llegado hace bien poco con el descubrimiento de la *maqbara* situada a orillas del Adaja, al suroeste del casco amurallado (Ruiz Entrecanales, com. pers.) o a las evidencias descritas por nosotros a las que se vendrían a sumar las proporcionadas por las últimas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la ciudad y que permanecen aún inéditas.

Estamos convencidos de que resulta enormemente sugestivo plantear la hipótesis, a tenor de las fechas que vienen rindiendo los restos arriba expuestos, esto es a lo largo del siglo XIII (o incluso algo antes si consideramos las fechas de algunas producciones), de hacer partícipes de los mismos a aquellos mudéjares que, como nos recordara Tapia Sánchez, procedían del área toledana y se asentaron al norte del Sistema Central en las tierras abulenses (Arévalo, Ávila...) o segovianas, tras la fallida revuelta mudéjar en la vieja ciudad taifa de Toledo de 1225 (1989: 100); este hecho podría estar refrendado por las enormes concomitancias que nuestra alcajería tiene con la de aquellas tierras. Aunque sí que parece estar demostrado que a lo largo del siglo XIII fueron numerosos los artesanos toledanos que se asentaron en estas tierras del norte buscando una salida profesional, condicionado por la progresiva demanda de especialistas en diversos oficios (*ibidem*, 1991: 179-193), no podemos olvidar que en el siglo anterior -existen testimonios escritos fechados en 1185, 1197 o 1199-, encontramos algunos grupos de mudéjares asentados en la ciudad (*ibidem*, 1989: 98).

Los mudéjares de los siglos XIII al XIV constituyeron en Ávila una minoría en principio poco numerosa e influyente, como corresponde a su condición de vencidos y de recién llegados a Castilla, de ahí que inmediatamente se asentaran en los

---

<sup>16</sup> Se llevaron a cabo en agosto-septiembre de 2002 a cargo de uno de nosotros (Pedro Javier Cruz) y sus evidencias, en el momento de redactar estas líneas, se encuentran sin analizar.



arrabales de las ciudades. En cierta medida, hasta prácticamente finales del siglo XV, pasaron prácticamente desapercibidos (*ibidem*: 101), si bien no tardaron mucho tiempo en erigirse en una minoría respetable como lo demuestran las relaciones hacendísticas donde ya en 1293 la morería de Ávila aportaba 6515 maravedís frente a los 6571 y 1092 de Palencia y Burgos respectivamente (Ladero Quesada, 1978: 263). De ahí que progresivamente y una vez superado el período de inestabilidad política de las últimas décadas del siglo XIII motivada por la reanudación de la guerra contra los benimerines, se iniciara una progresiva institucionalización de sus estructuras que vino apoyada por su importante peso económico y demográfico (Tapia, 1989: 104). Es así como ya en 1315 la morería abulense contaba con su propio alcaquí, *Alí Hamad*, así como una o dos mezquitas (González, 1975: 313).

No obstante, a principios el siglo XIV siguiendo con los altibajos de épocas pasadas, la creciente oligarquía urbana abulense parece encontrar en el colectivo islámico un buen pilar para su consolidación, por lo que se constituyó una aljama más o menos consolidada, sin duda debido a los intereses socioeconómicos que mudéjares y judíos reportaban (Tapia, 1989: 105). Tal es el interés por mantener aljamas consolidadas que la de Ávila llegó a contar hacia 1371 con varios alcaldes moros<sup>17</sup>. En la transición del XIV al XV la situación social de los mudéjares vuelve a empeorar, creándose numerosos impuestos como el "Servicio y Medio Servicio" que se añadían a los ya existentes de siglos atrás, si bien fueron los judíos los que en este momento se llevaron la peor parte apartándolos a los *ghettos* (*ibidem*: 106). Los Ordenamientos promulgados en 1408 por Catalina de Lancaster obligando a los moros a llevar distintivos y en 1412, en Valladolid, otro más restrictivo en donde a judíos y mudéjares se les restringían prácticamente todas las manifestaciones de la vida social, como la obligación de vivir en "*en un lugar aparte de la cibdad...e que sean cercados de una cerca en redor*", la prohibición de ejercer no pocos oficios, tales como boticarios, médicos o tenderos o de convivir con los cristianos o de desplazarse del lugar de residencia (Fernández y González, 1985: 400-405), en Ávila causaron escaso efecto, al menos hasta 1416 cuando el obispo de Ávila, también oidor de la Audiencia Real, escribe a dos canónigos acerca de la conveniencia de proceder cuanto antes a entregar en censo las casas del Cabildo "*las quales de día en día se van a perder por no aver quien quiera morar en las dichas casas después que los judíos e moros se pasaron a morar en los cercados, por quanto muchos de los dichos moros e judíos moravan en las dichas casa*"<sup>18</sup>. El retiro a las morerías no ocurre hasta 1482 y no es hasta esta fecha cuando la situación con estas minorías se recrudezca hasta la expulsión definitiva del siglo XVI.

En todo este tiempo, la dedicación principal de los mudéjares abulenses se centra en la producción artesana, principalmente la construcción (carpinteros, albañiles o alarifes), aunque del exhaustivo rastreo documental llevado a cabo por Villar Castro (1984: 76-79) podemos observar que de la larga nómina de oficios desarrollados en la ciudad de la murallas, muchos de ellos fueron desempeñados por los mismos mudéjares. De entre todas, nos interesa resaltar la presencia de alfareros o ceramistas, cuya primera mención en Ávila aparece en 1303 donde encontramos un "alcaller" en el entorno de Santo Tomé el Viejo (*ibidem*: 79) u otra, más reciente mencionada por Villanueva (1998: 300) que aparece en las Actas del Ayuntamiento del año 1483, en la cual los tejeros se quejan de que, habiendo recibido licencia de las autoridades para seguir manteniendo sus hornos en la calle Luenga<sup>19</sup> (la actual calle Ajates, situada en la parte septentrional de la ciudad) a condición de que

<sup>17</sup> Archivo de la Catedral de Ávila, documento 75.

<sup>18</sup> Archivo General del Sello, s. d. Marzo 1486, fol. 64 (*apud* Tapia Sánchez, 1989: 106).

<sup>19</sup> Algunas obras que se han llevado a cabo en las inmediaciones de la iglesia de San Andrés, en la misma calle Ajates, han puesto al descubierto la presencia de una serie de hornos para cocer cerámica si bien no se han podido documentar en su totalidad (com. pers. de Rosa Ruiz Entrecanales).





pernoctaran en la morería, seguían sufriendo destrozos en su labor e, incluso, el incendio de sus posesiones. Solicitan los mismos permiso para que al menos en verano "*cuando labramos teja e ladrillo y lo cocemos*" pudieran quedarse en los alfares, tras lo cual el Concejo vista la importancia de su actividad accede a sus peticiones (Tapia, 1991: 75-76). A su vez, en una Ordenanza fechada en 1487 se incluye con el nombre de tejeros a todos aquellos que elaboraban tejas, ladrillos y vasijas de barro<sup>20</sup>. Aún cuando no existe mención expresa a la existencia de alcalleres de origen mudéjar y, desafortunadamente, no se han documentado con exhaustividad los alfares que mencionan las fuentes<sup>21</sup>, no caben muchas dudas de que en la ciudad de Ávila a lo largo de los siglos XIII al XV se elaboraron algunas producciones del repertorio formal y que esta actividad recaló en manos mudéjares. No pocas de las evidencias documentadas en el Grande y, en especial, las que competen a los siglos XIV y XV (y seguramente las del siglo anterior), salieron de talleres asentados en la ciudad. Sin duda el fuerte incremento de la oligarquía urbana y su alto poder adquisitivo reflejado, entre otros, en nuevas formas de vestir o de sentarse a la mesa, implicó a no pocos grupos de población, a saber, artesanos que elaboraran los cacharros y comerciantes que distribuyeran los objetos protagonistas de las nuevas modas. Como tendremos oportunidad de ver en las páginas que siguen, no parece difícil pensar que ciertas producciones -seguramente las más modestas dentro del escalafón de la ollería doméstica-, fuesen elaboradas por artífices locales.

---

<sup>20</sup> Archivo Histórico Provincial de Ávila, Ayto. 110, leg. 349 (*apud* Villanueva, 1998: 300).

<sup>21</sup> Recientemente Larrén avanzaba la noticia de la presencia de una serie hornos, aún inéditos, localizados en la calle Marqués de Santo Domingo, en la parte norte de la ciudad, en los que se pudieron cocer piezas vidriadas en verde y manganeso (1998: 123), aunque parece que éstos son más modernos que los que a nosotros nos interesan.





## UN AJUAR DOMÉSTICO BAJOMEDIEVAL: LA OPULENCIA DE LAS ÉLITES ABULENSES

**E**l depósito formado por la acumulación de cacharros que hemos datado a lo largo de los siglos XIV y XV, documentado en la unidad de excavación 3, se encontraba muy próximo al antiguo alcázar de la ciudad, el cual González sitúa en la esquina más suroriental de la plaza amuralla, justo enfrente de la iglesia de la Magdalena (1975: 358) en cuyas proximidades, casualmente, se emplazaba la mezquita de la Solana (Tapia, 1991: 63). Aunque ya hemos expuesto nuestras dudas acerca del origen y formación de tal depósito, no creemos que se encuentre ni mucho menos cerrada la polémica acerca de su interpretación como un relleno o, por el contrario, un auténtico muladar, no podemos dejar de señalar la curiosa ecuación, llamémosla así, *castillo-vertedero situado a extramuros* como, salvando las lógicas distancias, pudimos constatar en el tantas veces aireado castillo peñafileense.

Aún cuando el número total de piezas recuperadas ha sido muy alta, pues ronda las cinco centenas largas de trozos, nuestro análisis se centra en un número no superior a los dos centenares de fragmentos. Este se ha llevado a cabo, por tanto, sobre aquellas piezas en las que o bien se reconocía de manera más menos aproximada su morfología o bien portaban algún tipo de decoración o tratamiento superficial, como los cacharros vidriados, que se han analizado en su práctica totalidad. De ahí que porcentualmente hayamos distinguido entre *piezas sin tratamiento superficial* (57 trozos que suponen el 29,84%), *piezas engobadas* (32 fragmentos, 16,7%) y *recipientes vidriados* (104 cacharros, 40%).

A grandes rasgos, las piezas sin tratamiento vienen a estar relacionadas con los recipientes destinados a los fogones o al almacén de las casas. Son cacharros de superficies alisadas (a veces muy poco elaboradas) que muestran antiplásticos de naturaleza sílicea, vegetal o micéica, en este último caso destinados a los recipientes que se encuentran en contacto directo con el fuego, debido a su alto poder refractario y resistencia al choque térmico que nos recuerdan a las tradicionales piezas zamoranas de Pereruela, que tanta difusión han tenido hasta nuestros días (Larrén, 1989).



Algunas piezas representativas de la ollería verde-morada mudéjar abulense



Las piezas con las superficies engobadas, por el contrario, aparecen cubiertas por lo común, en el exterior pero también en el interior, con un fino baño de barro, las más de las veces rojizo u ocráceo, que les confirió propiedades como refrescantes de los líquidos, además de conservarlas sin malos olores o sabores. Son cacharros, pues, destinados a contener líquidos en las mesas o en las propias despensas.

Por fin, el grupo de piezas que presentan recubrimiento vidriado, ora *obra aspra* ora *opus album et pictum*, se erige en una auténtica vajilla de lujo muy valorada en su tiempo como prueba que se encontraran en los palacios más lujosos y se exportaran, en el caso de las lozas maniseras, a buena parte de la Europa de la época (González Martí, 1944: 30), suponen para estos momentos una verdadera novedad en el repertorio cerámico y es donde merecerá la pena detenerse con mayor énfasis.

Antes de comenzar a estudiar los restos cerámicos aparecidos en el Grande, creemos conveniente realizar un breve bosquejo acerca de la terminología que se utilizó para designar los cacharros en época medieval. Aún cuando es a partir del siglo XV cuando comenzamos a disponer de una documentación lo bastante completa como para poder acercarnos de primera mano a la terminología de las piezas, gracias a la presencia de numerosos testamentos o inventario de bienes muebles, como por ejemplo, los que contamos para el caso de Valladolid (Villanueva, 1998: 131) o uno de las posesiones de don Francisco de la Cueva, muerto en 1526, dueño del castillo de Cuellar (Cobos y Castro, 1998: 139). Dentro del conjunto de ordenanzas municipales de las ciudades castellanas, es en las de Ávila (Monsalvo, 1990) donde encontramos, para nuestra fortuna, el mayor número de vocablos para designar a las vajillas, como bien ha puesto de manifiesto Villanueva en fechas recientes (1998: 131). La mencionada autora extracta la siguiente relación de textos obtenida de aquellas, datados a lo largo de los siglos XIV y XV, que nos permitimos transcribir debido al enorme interés que tiene para nuestro trabajo (*ibidem*: 132):

(Sobre la venta de leche) "*e las natas que sean buenas e, sy en ellas fallaren quejo o farina, que las viertan e quiebren el tarro e la barreña e paguen mas, cada vez que lo fallaren (...)*" (Monsalvo, 1990: 47).

(De lo que se llevan los fieles) "*de los ollereros, cada martes un cantaro e puchero. (...) del vydrío e vedriado, de cada ome una altamia e una taça con un cotofre e un vaso*" (*ibidem*: 48).

(De los derechos que se han de llevar de los sueldos de la feria) "*Otrossí, los que venden escudillas e tajadores e platos, de madera o de barro, o jarros o pichiles o vedryados o cántaros o otra qualquiera vasija paguen ocho maravedís cada uno (...)*" (*ibidem*, 119).

(De los derechos que se han de llevar los fieles) "*De los vedrieros e vedriado, de cada ome, aunque traya más de una carga, pague una vasija a los fieles en esta manera: los del vedriado un altamia o escudilla e los vedrieros un cotofre o un vaso, que valga tres maravedís*" (*ibidem*: 150-151).

Estas denominaciones junto con las obtenidas por Villanueva de los legajos del Hospital de Esgueva del Archivo Municipal de Valladolid en las que se mencionan, entre otros, los *plateles, escudillas, tajadores o saleros de malaga* (1998: 132-133), o la nómina de nombres de piezas cerámicas sacadas de más de doscientos textos datados entre 1300 y 1514 por Maíllo (1983), permiten que contemos con un más o menos completo nomenclátor de cacharros con el que poder aproximarnos con garantías al estudio de la ollería medieval del Grande.

A grandes rasgos y desde el punto de vista ceramológico, que es el que nos interesa ahora, dentro de los niveles bajomedievales de este sector encontramos una serie de piezas bastante fragmentadas que abarcan las cuatro categorías básicas de uso que se vienen estableciendo para este tipo de estudios, a saber: el culinario (preparación de guisos en los



hogares), cacharros destinados a las despensas (transporte, almacenamiento o conservación de alimentos), servicio de mesa y elementos auxiliares domésticos (cosmética, piezas destinadas a la higiene personal...) (Villanueva, 1998: 252).

A pesar de que a partir de las primeras décadas del siglo XV y en contextos urbanos principalmente, los cacharros cerámicos van siendo sustituidos por los de metal -cobre, azófar, hierro, peltre...-, éstos en los depósitos de la época se encuentran prácticamente ausentes. No podemos citar nada más que la presencia en la excavación de una mano de almirez de bronce similar a otra exhumada en el solar del Museo Etnológico de Castilla y León en Zamora, fechada en la misma época (Martín Carbajo *et alii*, 1998: 156) y entre los objetos hallados en un depósito cerrado -un silo- de época bajomedieval de la vallisoletana Casa de Galdo, donde se recuperaron numerosos recipientes correspondientes al servicio de mesa entre los que destacan las lozas doradas y verde-moradas, así como ollas, jarras, cántaros, cazuelas, tazas polilobuladas o incluso un par de bacines, todos ellos de barro (Fernández Nanclares *et alii*, 1991: 29-61), no se cita la presencia de ninguna pieza de metal tal como ocurre en el muladar del tantas veces citado castillo de Peñafiel (Quintana *et alii*, 1999: 171-172). A pesar de que, como expresara Villanueva (1998: 256), la alcajería de época medieval cumplió con el objetivo de cubrir todo el espectro de las necesidades domésticas, los objetos de metal seguían siendo un bien valioso del que costaba desprenderse y que pasaban de generación en generación. A este respecto, cabe recordar cómo dentro de un inventario de bienes efectuado a la muerte de la cordobesa Catalina Pacheco se citan, entre otros, un bacín de latón mediano valorado en 85 mrs., un bacín de azófar llano apreciado en 120 mrs. y dos bacines llanos de latón en 136 mrs. (Córdoba de la Llave, 1998: 150).

Se erigen las vasijas del Grande como el principal documento con que contamos para caracterizar los usos y gustos culinarios de una élite urbana que participó de la moda de la época, al menos, en lo que se refiere a los gustos por vestir sus mesas. Se trata pues de una cacharrería, en parte fabricada por mudéjares, que va a venir a satisfacer las crecientes necesidades de representación social de los grupos más privilegiados de la ciudad. De su análisis podemos realizar un mapa de las intensas transferencias comerciales que a lo largo de los siglos XIV y XV implicaron a buena parte de los grupos que habitaron la Península Ibérica.

En conjunto, de las más de 190 piezas que pueden llevar el calificativo de "reconocibles", se puede presentar una

Serie	C. común / engobada	C. esmaltada	Total
Cántaro	11		11
Cantarilla	10		10
Escudilla	13	50	63
Tapadera	5		5
Olla/puchero	24		24
Orza	16		16
Barreño	1		1
Altamía	1		1
Redoma	1		1
Juguete	1		1
Bote	1		1
Copa	2	1	3
Jarro/a	3	1	4
Bacín		2	2
Cuenco	1	19	20
Plato		12	12
Vinagrera		1	1
Jarrito	3	4	7
Ficha	1	3	4
Tajador		11	11
Candil		1	1
<b>Total</b>	<b>94</b>	<b>105</b>	<b>199</b>



especie de catálogo, más o menos completo, de las series documentadas en el basurero del sondeo 3 de la plaza del Mercado Grande. La tabla que presentamos a continuación recoge los tipos presentes en el depósito<sup>22</sup>.

Para determinar la terminología de cada serie nos hemos apoyado en el estudio que llevó a cabo Villanueva en el alfar de la calle Duque de la Victoria, así como en los textos de la época a los que ya nos habíamos referido páginas atrás. Como corresponde a un ambiente doméstico, documentamos buena parte de las formas cerámicas que se vienen fabricando en los alfares mudéjares de la Castilla de finales de la Edad Media. La propia particularidades de cada centro de producción permite que encontremos variantes de algunas formas, así como tipos nuevos que no comparecen en el repertorio vallisoletano, como por ejemplo las vinagreras, y faltan otras en nuestra excavación, como las botijas o las cazuelas entre otros. No constituye este detalle ningún problema a la hora de asignar a los mismos alcalleres mudéjares la elaboración de buena parte de la vajilla excepción hecha, debido a su elevada especialización, de la producción de reflejo dorado o de las lozas con cubierta estannífera y decoración en azul cobalto.

El análisis de los recipientes sin tratamiento y con las superficies engobadas no permite más precisiones de las que Villanueva llevara a cabo en su día a raíz de la excavación del alfar de la vieja calle Olleros vallisoletana (1998). De ahí que pasemos, casi de puntillas, por este tipo de piezas que remiten en la mayor parte de los casos a los fogones y a las despensas de sus poseedores y en algún caso a los servicios de mesa, lugar donde las ricas lozas y los recipientes metálicos se llevaron prácticamente todo el protagonismo. Si ollas, barreños o pucheros se encontraban en los hogares en contacto con el fuego, de ahí que en no pocas ocasiones las pastas de los mismos presentan una buena cantidad de desgrasantes de naturaleza micéica que resisten perfectamente el choque térmico (Larrén, 1989), jarros, jarritas, altamías, cántaros o cantarillas vienen a ocupar el sitio de los recipientes destinados a contener líquidos, de ahí que muchos de ellos tuvieran las superficies engobadas, gracias a las cuales los sabores de los alimentos que están en contacto con ellas resultarían menos acres y, frente al vidriado, permitirían la transpiración de las vasijas, lo que se traduce en un enfriamiento de su contenido (Delibes *et alii*, 1999: 92).

Un rápido análisis al contenido de nuestro depósito y al de otros de época contemporánea, como el pozo-silo número 9 de la Casa de Galdo (Fernández, 1991: 29-61), del tantas veces citado muladar del patio sur del Castillo de Peñafiel (Delibes *et alii*, 1999) o, fuera de Castilla, de algunos yacimientos del sur peninsular donde se documentan buena parte de las series cerámicas de las que venimos hablando, deja entrever la notable homogeneidad de los ajuares culinarios cerámicos de los altos estamentos de estas épocas.

Los yacimientos vallisoletanos o el nuestro del Grande permiten tipificar un equipamiento en el que no faltan cacharros de los servicios correspondientes a las cocinas, a las despensas, al higiénico o al de mesa como podemos observar en la tabla adjunta en la que representamos algunas de las piezas más características de cada yacimiento.

Nos encontramos ante una tónica de la que no parece variar mucho a lo largo de los siglos; buen ejemplo de ello lo tenemos en un silo de tendencia piriforme con el suelo enlosado y las paredes recubiertas de una gruesa capa de cal, exhumado en la ciudad de los Almirantes, Medina de Rioseco, datado hacia finales del siglo XVIII, donde en el fondo del mismo y colocados en torno a sus paredes, se documentó una variopinta colección de cacharros entre los que se encontraban un par

---

<sup>22</sup> Únicamente se han contabilizado los perfiles identificables; no hemos llevado a cabo, por tanto, el estudio de todos los bordes ni hemos aplicado ningún índice de corrección similar al realizado en la muestra del alfar vallisoletano de Duque de la Victoria (Villanueva, 1998: 135-137). De ahí que el número de piezas de cada serie sea aproximado y no tenga prácticamente ningún valor estadístico.



Servicio	Plaza de Santa Teresa	Casa de Galdo <sup>23</sup>	Peñañiel <sup>24</sup>
Mesa	escudilla, copa, jarro, cuenco, plato, vinagrera, jarrito, tajador, altamía, redoma	cuenco, plato, salero, botella, jarra, jarritos	escudilla, cuenco, plato, jarrito, vinagrera, aguamanil
Culinario	olla/puchero, escudilla	olla, cazuela	olla/puchero, jarrito, botija, barreño, sartén
Despensa	orza, cántaro, cantarilla, tapadera, barreño	cántaro, bote	cántaro, cantarilla
Otros	candil, bacín, juguete, ficha	bacín	bacín, candil

de ollas de pastas micáceas, una aceitera, un par de platos de loza blanca con sencilla decoración en azul, algún ejemplar de la serie jarrito así como un bacín de buenas dimensiones (Cruz Sánchez, 2001).

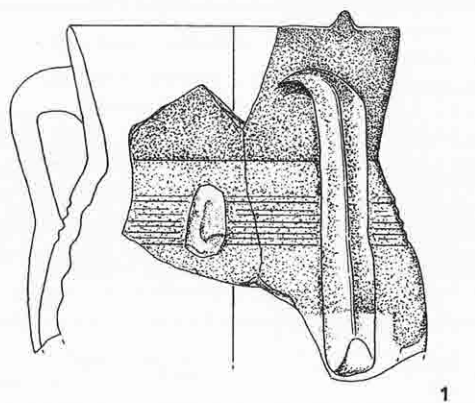
Es la **producción esmaltada** la que, a nuestro juicio, permite realizar mayores precisiones tanto por su alto valor diagnóstico como, sobre todo, por haber pasado hasta la fecha de soslayo por los escasos trabajos científicos sobre la arqueología del casco urbano abulense.

La paleta del alfarero de este tipo de recipientes destinados por lo general al servicio de mesa, presenta variadas tonalidades según se haya utilizado uno u otro pigmento mineral para cubrirlas. Así, los colores más utilizados al exterior de los recipientes fueron el melado (5,74%), el verde (0,95%), el turquesa (4,30%), el verde oliva (1,43%), el blanco (20,57%) y el marrón (0,47%), mientras que los porcentajes de las piezas con vidriados al interior de los cacharros basculan entre el melado (11,96%), el verde (3,34%), el verde oliva (3,82%), el amarillo (28,70%), el turquesa (2,39%), el blanco (36,36%), el marrón (8,13%) o algunas tonalidades que no hemos podido diferenciar (6,22%). La representación relativamente alta de los acabados en blanco y en amarillo se explica perfectamente por ser los colores que sirven de base sobre el cual se aplicó, tras una primera cocción, la siguiente capa decorativa aplicada a pincel o aguamanil y que dio como resultado las espectaculares piezas mudéjares que rescatamos en el Grande. Éstas, decoradas por lo común en la cara interna del recipiente, se decoraron en tonos verde y morado (71,7%), azul cobalto (15,2%), azul y siena (6,10%) y siena (6,87%). De esta primera caracterización cromática obtenemos, no obstante, una segunda catalogación que tiene en los atributos técnicos de la fabricación de las mismas el apoyo necesario para diferenciar las lozas decoradas en verde y manganeso, las lozas en azul cobalto, las lozas doradas y las humildes lozas monocromas tipificadas estas últimas ya en tiempos como, recordemos, *obra aspra* (Soler, 1997: 137) o "cerámica ordinaria" en palabras de González Martí, diferenciadas por contraposición frente a las lozas más lujosas que aparecen en la documentación de la época como *opus album et pictum* (*ibídem*).

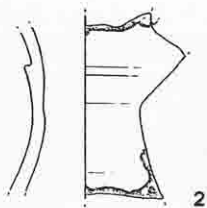
<sup>23</sup> Fernández *et alii*, 1991: 4: 29-61.

<sup>24</sup> Delibes *et alii*, 1999.

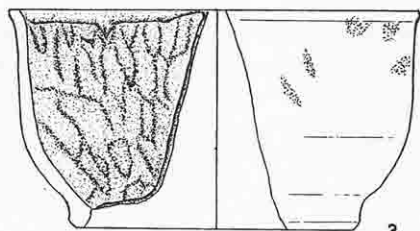




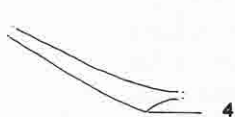
1



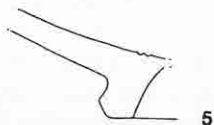
2



3



4



5



Lámina 50

Antes de entrar en consideraciones crono-tipológicas acerca de las piezas esmaltadas aparecidas en el Grande, cuya importancia es capital para entender algunas pautas de la sociedad del final de la Baja Edad, no podemos dejar de avanzar siquiera de pasada los posibles mecanismos que influyeron en el nacimiento de una moda relativamente nueva -el uso de estas lujosas vajillas- que en al-Andalus contaba ya con algunos siglos de tradición a sus espaldas. En el germen de aquella se encuentra el paulatino enriquecimiento de las oligarquías urbanas y el notable crecimiento de las ciudades que viene parejo, como ya indicamos en páginas anteriores, de nuevas necesidades entre las que tal vez sean las más palpables las que se refieren al vestir o al comer y que como todas las manifestaciones de la sociedad tiene su eco en el registro material (Riu, 1986: 84-86). No es extraño, por tanto, que la vieja alcallería progresivamente viniera a sustituirse por nuevos cacharros en consonancia con los gustos de la época y que, según el poder adquisitivo de los compradores, contó con un relativamente amplio abanico de posibilidades. Esta paulatina sustitución, que resulta especialmente acelerada para las vajillas destinadas a las mesas -no así, en cambio, para los cacharros de cocina o almacenamiento que siguen cumpliendo con eficacia su función bajo formas tradicionales como nos recuerda la cacharrería utilitaria que hemos usado hasta hace bien poco (González, 1989)-, no debió de suponer para los alcalleres mudéjares un gran trastorno, como prueba que durante el XIV y principios del XV fueran ellos los que siguieron yendo a elaborar sus productos a los talleres situados en la misma ciudad, aún a pesar de que por las noches tuvieran que pernoctar en las aljamas, obligados tras el Ordenamiento promulgado por Catalina de Lancaster en 1414 (Agapito y Revilla, 1982: 457) y que, como sabemos, causó notable revuelo entre los artesanos en su momento. Antes al contrario, parece que ciertas formas vienen a ser sustituidas, como ocurre con los ataifores que encontramos en el siglo XIII (recordemos los que hemos documentado en el silo de la calle Rastro, en los silos de la calle Estrada o el de los sondeos 5 y 7) que desaparecen a favor de platos o tajadores ornados con los característicos motivos en verde y manganeso y que siglos





atrás ya se encontraban circulando por Madinat al -Zahra (Cano, 1996). Junto a la aparición de estos recipientes de tan clara estirpe mudéjar, encontramos otro tipo de piezas que por la complejidad técnica en su confección -las lozas doradas o las decoradas en azul cobalto-, parecen proceder del área circun-castellana, seguramente Valencia, donde se tiene constancia de su existencia unas cuantas décadas antes.

La distinción existente entre las piezas vidriadas monóchromas y las lozas políchromas, ya sancionada en su tiempo por artífices y usuarios, así como la notable convergencia de estas primeras con la vajilla engobada (Delibes *et alii*, 1999: 98), parece conferir a unas y otras más que un lugar determinado en las casas -salvo bacines y candiles el resto de las series parecen estar destinadas al servicio de mesa- una utilización en momentos determinados<sup>25</sup>.

La variedad formal de las lozas monóchromas resulta, en nuestro caso, relativamente corta. Vidriadas, por lo general, en verde turquesa o en amarillo melado encontramos unas pocas piezas reconocibles entre las que no están ausentes los cuencos o las escudillas de fondo anular, algún plato de fondo plano, un candil de pie plano vidriado en melado al interior, una jarrita parcialmente cubierta de vidrio verde turquesa al exterior y blanquecino al interior que porta una sencilla asa acintada, un par de bacines o un fragmento de cuello con el gollete anillado que reclama paralelos con ciertas vinagreras que encontramos en la alfarería turolense (Álvaro Zamora, 1995: 27) o toledana (Aguado Villalba, 1983: lám. XXVII).

Se trata de una tipología, en suma, lo suficientemente corta como para no poder detenernos en ellas. Son piezas de probable origen local que bien pudieron venir a ocupar el sitio de la vajilla de uso más cotidiano -platos, cuencos o jarritas y no digamos los bacines-, dejando para ciertas ocasiones la vajilla de lujo, que en nuestro caso va a estar

<sup>25</sup> Evidentemente este hecho se llega a entender si consideramos que todas las piezas rescatadas en este sector 3 proceden del mismo depósito y son, por tanto, sincrónicas.

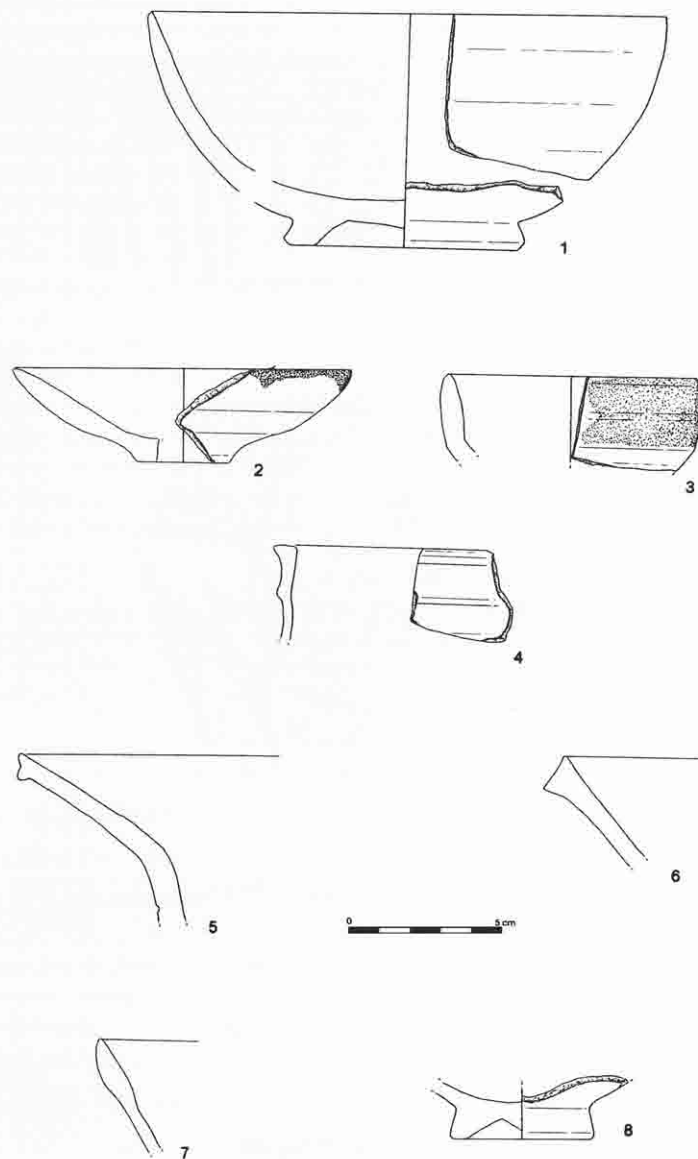


Lámina 51



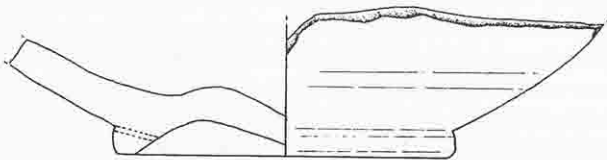
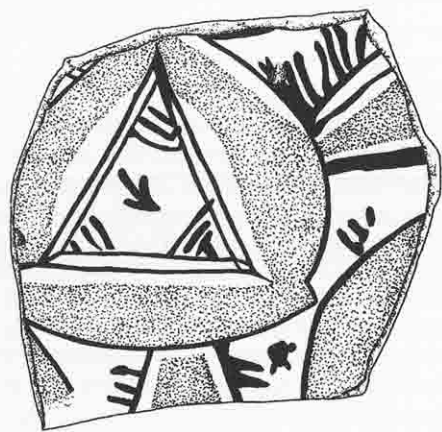
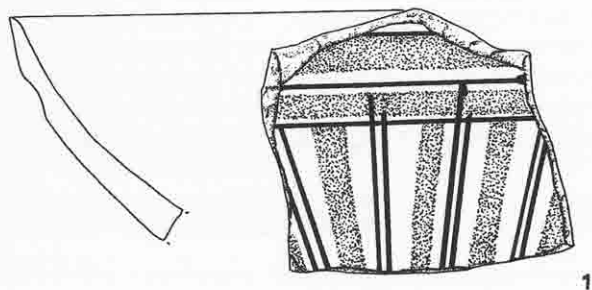


Lámina 54

acaparada, indudablemente, por las lozas doradas, las piezas pintadas en azul cobalto y tal vez por las lozas decoradas en verde y morado. El hecho no nos deja de recordar, salvando las lógicas distancias, aquellas magníficas fotografías, no exentas de cierto tipismo, de las primeras décadas del siglo pasado del conocido fotógrafo Ortíz Echagüe, en las que colocadas en loceras o en las paredes de las casas más pudientes -nos viene a la memoria la foto titulada "labriegos de Lagartera"- aparecían las mejores lozas (de Talavera, Manises o de Puente) que únicamente se utilizaban en las ocasiones más señaladas (1930: 36), o más próximos al momento en el que nos estamos moviendo, los magníficos aparadores flamencos de finales del siglo XVI que representara Du Sommerard en su conocida obra *Arts au Moyen Age* de 1838-1846 repletos de ricas lozas entre las que se encontraban algunas piezas valencianas (Huchard, 1996:14).

La ollería decorada en verde y manganeso vienen a consagrarse como una de las producciones que mejor caracteriza la artesanía mudéjar de los siglos XIV y XV en nuestro territorio, si bien el desarrollo adquirido por este particular tipo de recipientes respondió a una "moda" difundida ampliamente por buena parte de la Península Ibérica y del Mediterráneo Occidental (Villanueva, 1998: 277).

No pretenderemos con estas líneas realizar una revisión al estado de la cuestión de este tipo de producciones por cuanto son ya numerosos los autores que han escrito certeros comentarios al respecto (Villanueva, 1998: 271-277 o Soler, 1997: 137-149). Nos remitimos a aquellos y, en especial, al primero de los citados por cuanto incide de manera especial en el caso castellano. Del análisis de la abundante bibliografía existente al respecto se desprende que este tipo cerámico cuyos orígenes se vienen llevando al siglo IX en yacimientos del Oriente musulmán -Samarra, Susa o Siraf entre los más destacados-, pronto se difundió por buena parte del occidente mediterráneo hasta recalcar en la Península Ibérica hacia el siglo X, en donde comenzamos a encontrarlo como piezas de lujo en ambientes omeyas, si bien rápidamente se comienza a irradiar a otros centros siguiendo modelos de Madinat al-Zahra (Cano Piedra,



1996), hasta el siglo XI momento en el cual desaparece a favor de cerámicas monocromas, esgrafiadas, con decoración de cuerda seca o vidriadas en verde motivado por la austeridad propuesta por el emergente poder almorávide y almohade (Villanueva, 1998: 272). Sin conexión con la etapa anterior, resurgen siglos después, ahora denominadas bajo el epígrafe de "cerámica gótico-mudéjar". Los motivos de este resurgimiento parecen aún oscuros; aunque es innegable que frente a las piezas califales existe diferentes técnicas, tales como la utilización de esmaltes estannífero que sirve de base a la decoración verde y morada en la que también se utilizan los óxidos de manganeso y cobre frente al esmalte plúmbeo de aquellas (*ibidem*: 273), no ha quedado zanjada la discusión del renacimiento de tales piezas. No son pocos los investigadores que sitúan este hecho en el área levantina -Paterna y Manises fundamentalmente-, donde se comienzan a producir hacia la segunda mitad del siglo XIII y en los años centrales del siguiente (Amigues, 1995: 129), aunque algunos autores, los menos por cuanto cada vez esta teoría cuenta con menos adeptos, siguen encontrándolo en el área aragonesa, donde parece que la tradición en la fabricación y uso de estas piezas no se perdió a lo largo de los siglos (Soler, 1997: 139).

Procedan de donde procedan, parece que a partir de finales del siglo XIII y principios del XIV se generalizan por buena parte de la Península Ibérica -Teruel o Cataluña-, sin duda influido por la circulación de una mano de obra especializada por buena parte del ámbito mediterráneo (*ibidem*: 140). A los grupos mencionados, se han de sumar la, por el momento, corta nómina de centros productores de ambas mesetas. Hasta la fecha parece que está bien constatada la elaboración de producciones verde y moradas en Talavera de la Reina, Alcalá de Henares, Guadalajara o Valladolid (Villanueva, 1998: 275-276) a los que habría que sumar el recientemente descubierto de Ágreda (Hervás y Retuerce, 2001) o el que creemos que pudo existir en Ávila y que no debe de buscarse mucho más allá de la calle Ajates o de la iglesia de Santo Tomé el Viejo o, incluso, los recientemente descubiertos de la calle Marqués de Santo Domingo, si seguimos algunas menciones bibliográficas.

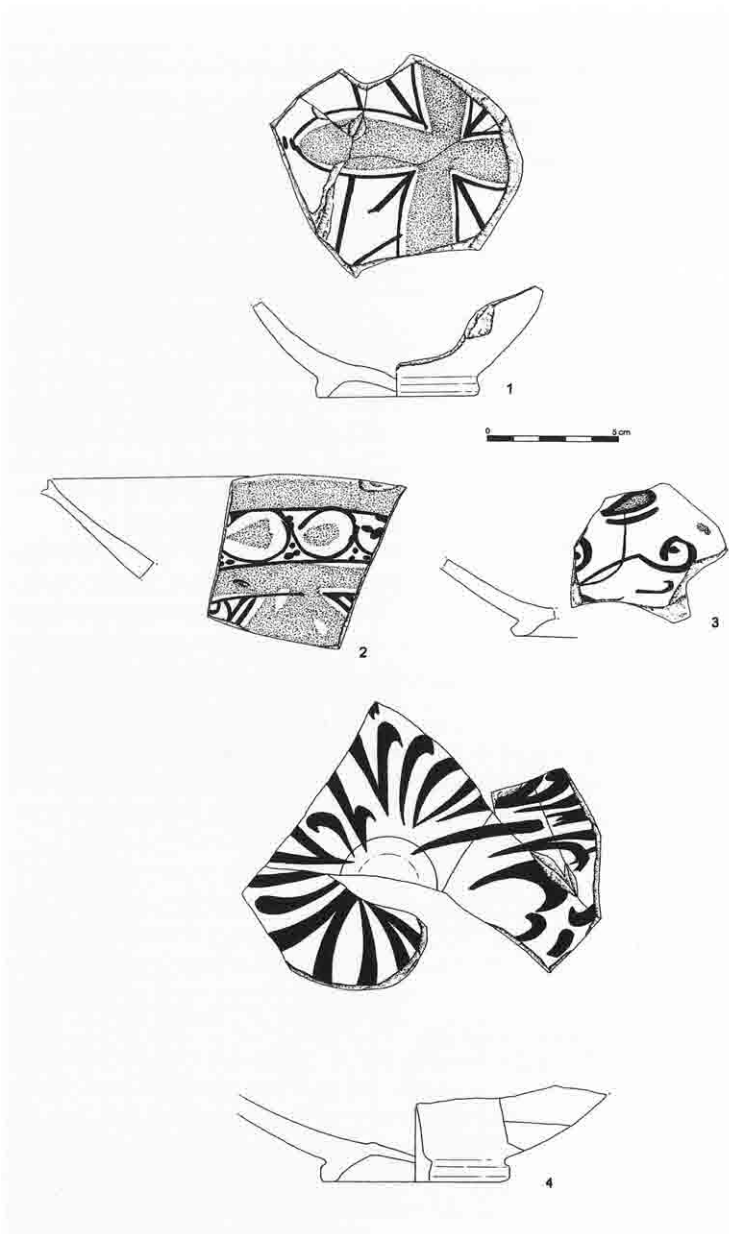
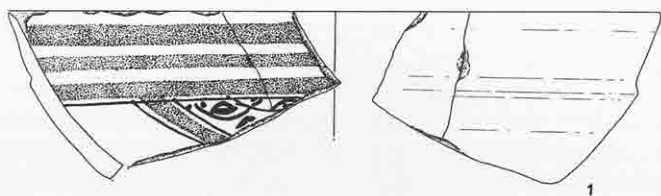


Lámina 52

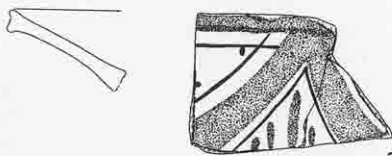




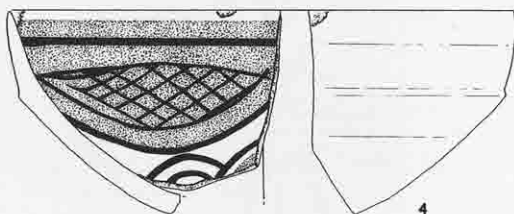
1



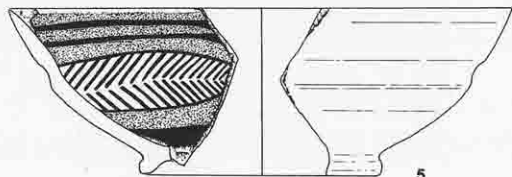
2



3



4



5

Lámina 53

La colección de la Plaza de Santa Teresa está compuesta por algo menos de un centenar de piezas, entre galbos indeterminados y trozos de los que se puede reconstruir su morfología, que vienen a suponer el 71,7% del total de los cacharros con cubierta estannífera. Este dato apoya, de primera mano, la importancia relativa con que contó el comercio interior de esta alcaería de origen local, frente a otras piezas que llegaron casi con cuentagotas a nuestro territorio, tales como las lozas doradas y las lozas en azul cobalto.

Dentro del grupo de piezas esmaltadas decoradas en verde y manganeso que ha rendido la excavación del Mercado Grande, son los cuencos, las escudillas y los platos, especialmente los dos últimos, los recipientes que por derecho propio portaron este particular acabado decorativo. En el lote de la serie escudilla<sup>26</sup>, encontramos dos variantes en virtud de la forma de su perfil; así, entre los perfiles más frecuentes encontramos los que muestran una inflexión a modo de carena próxima al borde frente a otros en que la transición entre la panza y el labio se resuelve por medio de un perfil más redondeado. Es común a todos ellos la presencia de bases realizadas y anilladas. Dentro de la panoplia de platos o tajadores<sup>27</sup>, denominación que alude la documentación abulense (Monsalvo, 1990), encontramos escasa variedad por cuanto todos los ejemplares reconocidos -algo menos de una docena- se corresponde con recipientes de perfil rectilíneo y borde bífido similares al tipo A-1 de la serie valenciana (Pascual y Martí, 1986: 68) o A-5 de la cerámica mudéjar meseteña (Turina, 2001: 810).

<sup>26</sup> Se trata de un tipo de recipiente de uso individual de perfil troncocónico invertido cuya boca ronda los 15 cm. de diámetro que González Martí presenta como "...la vasija por excelencia, y su destino principal el de recibir la ración alimenticia que en el yantar cotidiano corresponde a cada uno de los componentes de la familia..." (1944: 584).

<sup>27</sup> Los tajadores son una especie de plato destinados a trincar o cortar carne, de mayor o menor tamaño, para ser servida, ya en porciones, a los platos o escudillas (González Martí, 1944: 597).



Al igual que ocurría en las casas de nuestros abuelos, allá a finales del XIX o principios del XX, como recordábamos gracias a las bellas estampas salidas de la cámara del ya citado Ortiz Echagüe, algunos de estos tajadores fueron colgados en las paredes de nuestros ancestros abulenses, como ocurre con un de los más espectaculares recuperados en el Grande, el cual muestra un par de orificios practicados en su anillada base realizados (y eso es lo curioso) cuando la pasta aún estaba fresca, hecho que nos lleva a pensar que ciertas piezas se pudieron haber realizado a gusto del comprador. La funcionalidad decorativa está bien contrastada, por ejemplo, en el área valenciana donde muchos de los mejores platos decorados con reflejo dorado contaban con esos pequeños orificios para ser colgados cuando no se utilizaban en las mesas (Soler, 1997: 155) o como se puede observar en muchas de las tablas hispano-flamencas, como la del retablo de San Juan Bautista obra del pintor Pedro García Benabarre que custodia el Museo Nacional de Arte de Cataluña.

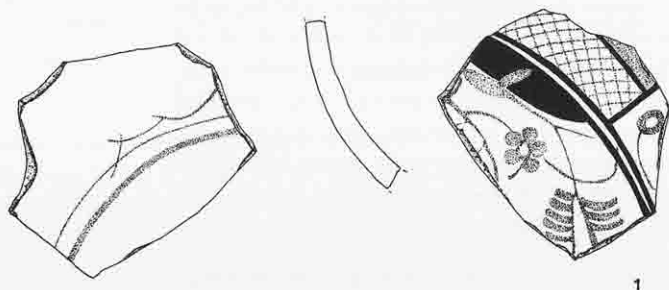
A pesar de la notable importancia numérica de los fragmentos de loza ornados en verde y morado, la variedad decorativa de los mismos es tan escueta que no podemos referirnos más que a la temática geométrica y, en menor medida, vegetal como principales diseños decorativos de nuestras lozas.

Escudillas y tajadores recibieron un revestimiento blanco opacificante -tal vez de óxido de estaño- sobre el que se dibujó la decoración en verde -óxido de cobre- y negra o marrón -óxido de manganeso- también denominada decoración sobre cubierta. Como certeramente apunta Villanueva el hecho de que los trazos de óxido de cobre se difuminan con facilidad durante el proceso de fusión de la pieza, todo lo contrario con lo que ocurre con el manganeso, condicionó que los temas propiamente decorativos se realizaran con este óxido, utilizándose los colores verdes como elementos de relleno (1998: 264).

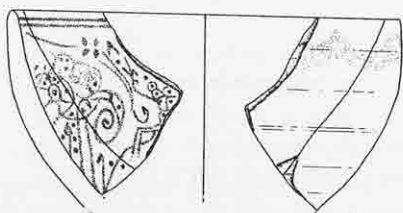
Los temas vegetales, claramente minoritarios en el elenco cerámico del Grande, se reducen a temas tales como las hojas de palma dibujadas en marrón que radialmente se disponen por buena parte del cuerpo de una escudilla desde el fondo (lam. 52, nº 4), del estilo a las que encontramos en Alcalá de Henares las cuales, a su vez, vienen a repetir modelos valencianos esta vez de reflejo dorado (Turina, 2001: 802). Sobre el fondo de otra escudilla aparece una gran flor de cuatro pétalos pintada en verde y remarcada en manganeso de las que parten líneas que convergen a la altura del labio formando una especie de hoja triangular trazada en marrón (lam. 52, nº 1) que encuentra una réplica muy similar en un *tallador* de un especial tipo de loza bicolor denominada "de Manresa", más austera que las propias de Manises o Paterna, en la que se han diferenciado varias fases de fabricación que van desde la segunda mitad del siglo XIII para la fase antigua hasta la segunda mitad del siglo XIV en la que perduran las sencillas decoraciones sobre formas de perfiles abiertos como la que aquí hemos presentado (Lerma, 1986: 36-37). Estos florones de cuatro pétalos, bastante comunes en la alcajería valenciana en donde raramente actúan como micro-elementos, se vienen asociando curiosamente a simbologías relacionadas con esquemas rotatorios (Pascual y Martí, 1986: 112-113).

Completa la muestra una pieza que presenta unas sencillas florecillas, muy esquemáticas, o incluso unos trazos que pudieran tener un sentido apotropaico que se nos escapa, pintados en negro con algún hueco relleno en verde, del que no hemos hallados pariguales (lam. 52, nº 3), por más que se nos antojan similares a algunos motivos que figuran como mero relleno de las lozas valencianas (*ibidem*: 159). Otra más, en este caso un tajador, muestra una banda de roleos que parece tomar como modelo original la planta de la vid (*ibidem*: 96), bien patente en nuestro caso en la contraposición de los temas en manganeso que representan los frutos -tríadas de puntos- y los tallos formados por el juego de curvas y contracurvas, frente a los hojas que aparecen en verde dentro de aquellos (lam. 52, nº 2). El roleo, por su relación con la vid, se ha venido asociando, en términos generales, con la fertilidad pues se trata de uno de los temas iconográficos más utilizados en el arte musulmán (*ibidem*: 97).

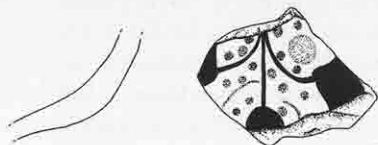




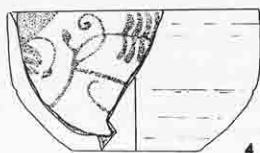
1



2



3



4



5



Lámina 55

Las piezas que portan decoración geométrica comparecen en mayor número y frente a las anteriores están dotadas de una personalidad más contrastada. Aún cuando la propia morfología de los recipientes -escudillas o tajadores-, condiciona la disposición de los temas decorativos, no parece que unos y otros porten unos motivos determinados adecuados a su perfil. Bien al contrario, se puede observar que en ambas series la disposición de las distintas decoraciones se encuentran articuladas o bien a partir del fondo, donde encontramos temas centrales que irradian los motivos al labio o, por el contrario, es desde el mismo borde desde donde se van articulando por medio de guirnaldas hacia el fondo del recipiente.

La composición decorativa más sencilla la hallamos en un fragmento de escudilla que muestra una composición a base de bandas horizontales y verticales que convergen en el fondo delineadas en verde y enmarcadas por líneas paralelas a aquellas que lo hacen en negro (lam. 54, nº 1). Dentro de los tajadores, conservamos un ejemplar muy incompleto que muestra una banda horizontal de la que cuelgan otras semejando guirnaldas pintadas en verde que forman espacios triangulares rellenos de trazos en manganeso (lam. 53, nºs 2 y 3). Estas estructuras decorativas en banda, cuadrangulares o triangulares inscritas en círculo originan unos espacios semielípticos que son ocupados por elipses en manganeso adaptadas al hueco y rellenas por motivos geométricos tales como retículas o una especie de espigas realizadas a base de trazos convergentes que no se llegan a tocar en su extremo (lam. 53, nºs 4 y 5). Las encontramos en una pareja de escudillas de escasa altura y en un tajador que muestra bajo tres bandas horizontales en verde una mandorla rellena de finos trazos dibujados en negro (lam. 53, nº 1) y que, en conjunto, vienen a ser similares a muchas de las piezas valencianas estudiadas por Pascual y Martí (1986: 83-85).

La última de las piezas que presentamos, aquel tajador de base anillada que muestra orificios para ser colgado (lam. 54, nº 2), acoge una compleja decoración articulada a partir de un triángulo doble relleno de líneas en sus vértices dibujado en manganeso inscrito en una banda en verde de la



que parten hacia el borde tres bandas en verde que articulan, a su vez, tres amplios círculos de los que no hemos podido determinar su composición. El triángulo central contiene en su centro una especie de flor de lis muy estilizada idéntica a la que portan ciertas figuras femeninas de las cerámicas valencianas y que se han venido interpretando como crótalos o espejos, tal como llegaron a considerarlos respectivamente González Martí (1958: 129-133) o Amorós (1932: 110), si bien hoy en día se tiende a considerarlos como meros microelementos vegetales (Pascual y Martí, 1986: 129), que se alejan por consiguiente de interpretaciones tales como la idealización de la lujuria a partir de la representación de las prostitutas portando crótalos que en su día creyeron ver Amorós o González Martí.

Como corresponde a una alquería de origen local aún muy mal conocida, son numerosas las lagunas de conocimiento que tenemos de ella y que esta simple presentación no viene, por supuesto, a solucionar. No obstante, no queremos dejar pasar la oportunidad para poner el acento en la incuestionable personalidad de nuestras producciones que, si bien no parecen desmarcarse de la lozas del resto de los alfares conocidos -Valladolid, Talavera o, incluso Paterna-, cuentan con caracteres propios tales como el escaso recurso a la temática vegetal (aparte de los motivos descritos no hemos hallado el más mínimo indicio de diseños tales como la piña o el árbol de la vida u hom, que sí aparece, por ejemplo, en el alfar vallisoletano), a las representaciones de animales o humanas y son muy numerosos, en cambio, los diseños geométricos, donde las bandas pintadas en verde articulan buena parte de los diseños de los recipientes. Nos encontramos, por tanto, ante un incuestionable "estilo castellano" ¿abulense? que comparte con los alfares mencionados líneas arriba aunque aún es muy poco lo que podemos apuntar a tenor del conocimiento de las producciones salidas de los mismos.

Buena parte del servicio de mesa más lujoso del depósito rescatado en el Grande recaló en las lozas decoradas con reflejo dorado y en azul cobalto. Suponen unas y otras, frente al 71% de las lozas decoradas en verde y manganeso, el 12 y el 15% de las piezas esmaltadas con 17

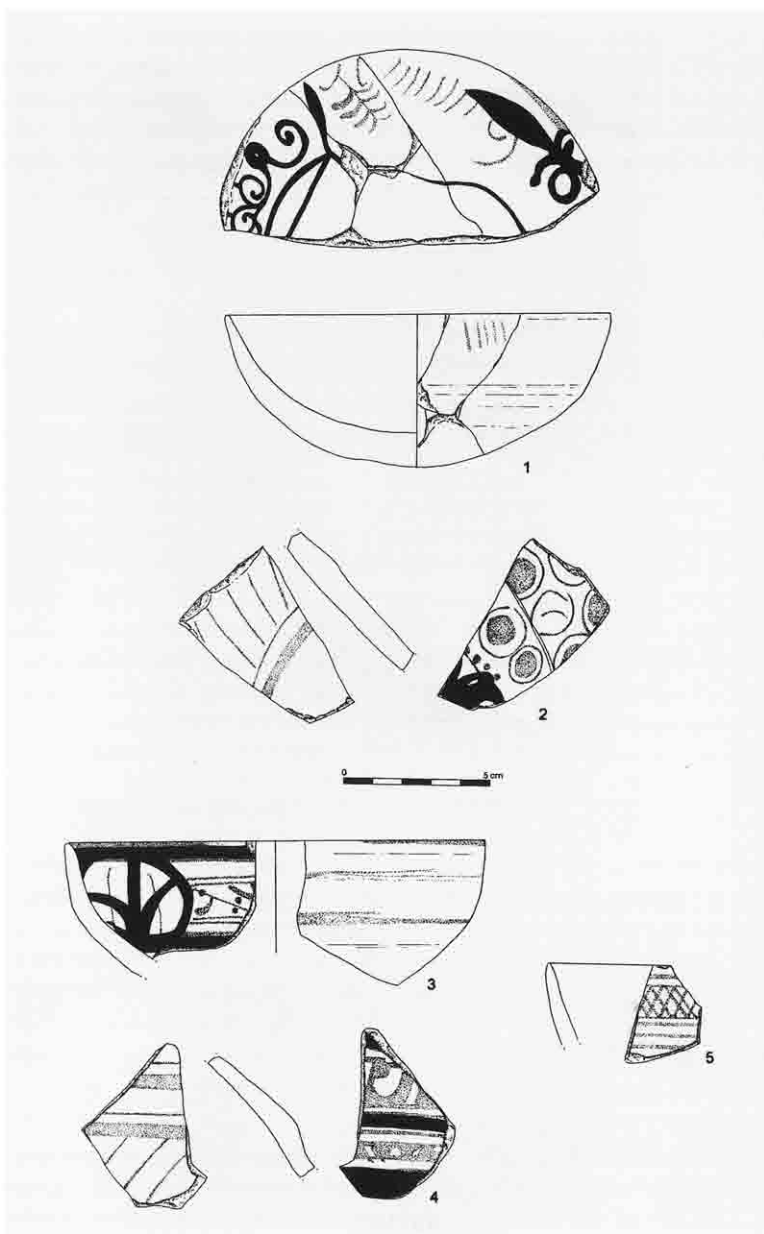


Lámina 56



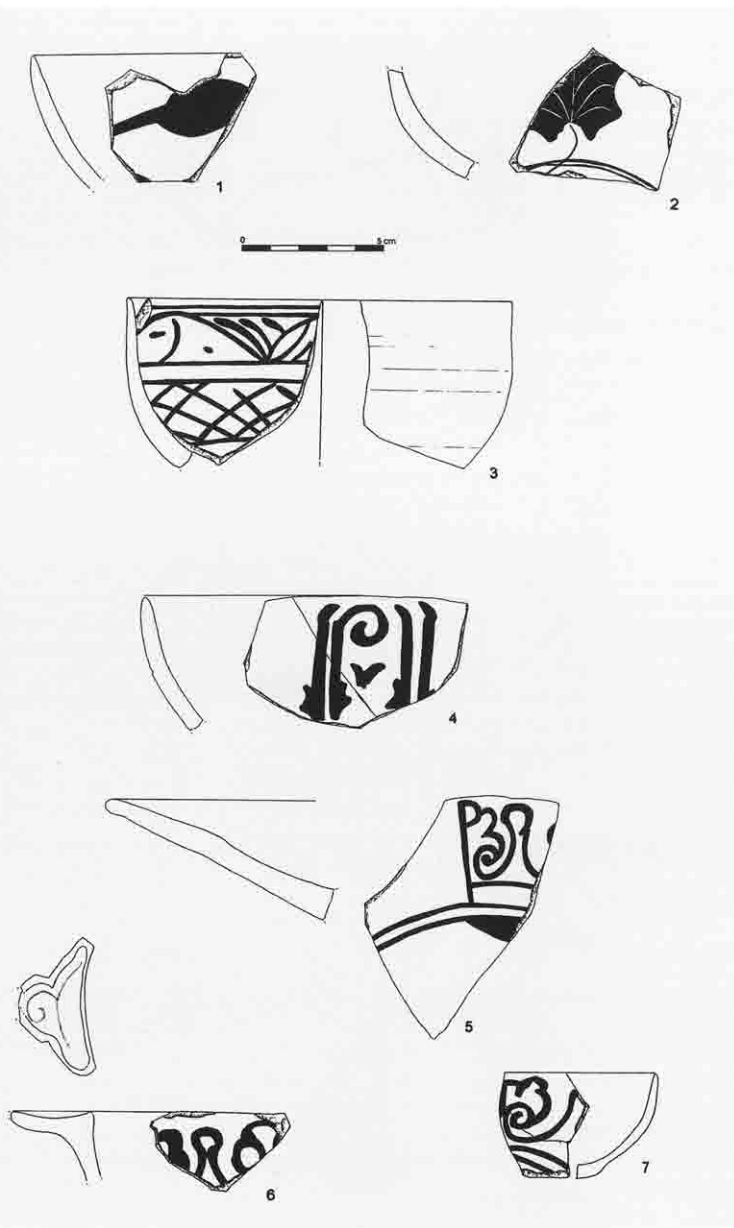


Lámina 58

y 20 fragmentos respectivamente<sup>28</sup>. En uno y otro caso, la célebre *obra de Malīqa* tan apreciada en su momento por las clases altas de la sociedad, nos encontramos ante piezas que llegan a las manos de los estamentos más poderosos de las ciudades castellanas, como muy bien viene afinando la investigación arqueológica<sup>29</sup>.

Uno de los mayores logros de la cultura islámica fue, sin duda, la creación de las piezas cerámicas decoradas con reflejo dorado, aunque sus orígenes permanecen todavía poco claros<sup>30</sup>. Aún así, parece que las primeras piezas conocidas las encontramos en la corte de los califas de Bagdad en el siglo XI, desde donde pronto se irradió a otras partes del Mediterráneo merced a la extraordinaria efectividad de las rutas comerciales (Soler, 1997: 149). En un primer momento encontramos los vasos decorados únicamente en reflejo dorado ya que la fusión del azul cobalto con el dorado, en cambio, parece una modalidad

<sup>28</sup> Estos valores se encuentran en total consonancia con los que ha rendido, por ejemplo, el castillo de Peñafiel donde en la campaña de 1998 las lozas en verde y morado ocupaban las 4/5 partes del conjunto con la recogida de casi 370 fragmentos frente a las lozas doradas, de las que aparecieron poco más de 20 fragmentos (Delibes *et alii*, 1999: 98).

<sup>29</sup> La nómina de lugares donde aparecen este tipo de piezas aún sin ser extensa, viene completándose poco a poco gracias a los datos aportados por la arqueología urbana, ambiente en donde comparecen las mismas. Sin que la lista esté de ninguna manera completa, sabemos de su presencia en Astorga (calle García Prieto), León (Edificio Pallarés), Valladolid (calle Duque de la Victoria, Casa Galdo, Monasterio de San Benito o castillo de Peñafiel), Zamora (plaza de San Antonio, calle de la Reina, Puebla del Valle...), Palencia (Archivo Provincial) o Salamanca (iglesia de San Cebrián...).

<sup>30</sup> La hipótesis que parece cobrar más fuerza es la de su origen sasánida y no china, como se ha querido ver a partir de piezas que parecen imitaciones de proto-porcelanas o celadones chinos. Si que parece más o menos claro que una vez que los musulmanes adoptaron el vidrio blanco allá por el año 850, enseguida comenzarán a decorar el fondo de las piezas con vidrios azules, verde o combinaciones de ambos para dar, poco tiempo después, al origen de las lozas doradas (Martínez Lillo, 1984-85: 222).





más tardía elaborada en Persia desde donde se transmite al mundo andalusí (*ibidem*).

La llegada a la Península Ibérica parece que ocurrió poco después de su fabricación en Mesopotamia pues ya en el siglo XI las encontramos en lugares como Calatayud, donde el geógrafo *Al-Idrisi* expresa que hacia 1154 la loza dorada que se fabricaba en esta ciudad se exportaba a lejanos países (Valdés Fernández, 1982-83: 243-245). Conocida como *obra de Maliqa o dauurada*<sup>31</sup>, todo indica que fueron ceramistas nazaríes, malagueños para más señas, los que comenzaron a elaborar este tipo de piezas aunque pronto tal producción se extendió a otras áreas como la catalana (Guiral, 1997: 194), la aragonesa (Álvaro Zamora, 1997: 229-232) o la valenciana (Paterna y Manises) donde parece que su introducción por medio de una auténtica transmigración de artistas granadinos y malagueños vino impulsada por los Boil, señores de Manises hacia 1304 gracias, en parte, a que esta zona existía una infraestructura adecuada para su elaboración (Soler, 1997: 150-151). Esta producción, fuertemente impulsada por aquella familia, pronto pasa de abastecer un mercado eminentemente local a exportar sus productos a otras áreas, tan lejanas como Italia o el centro de Europa (Francia o los Países Bajos), suplantando a la verdadera *obra de Maliqa*, en un momento en que la crisis del reino de Granada no pudo hacer frente a la producción de estas mercancías de lujo (*ibidem*: 151)<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> También contó con denominaciones tales como *mayólicas* o *Valenschwere* en Italia y Flandes respectivamente (Soler, 1997: 150).

<sup>32</sup> La loza de reflejo dorado realizada en el área valenciana se viene catalogando en cinco estilos que Soler tipifica desde el punto de vista diacrónico en *estilo malagueño*, el más temprano y el que imita directamente lo que se hace en la Málaga nazarí con una cronología que abarca los últimos años del siglo XIII y la primera treintena del XIV. El denominado *estilo de Pula* desarrollado a lo largo del segundo y el tercer tercio del siglo XIV; le sigue el *estilo islamizante* también denominado *obra de Domas o persa* en el que abundan las alafías, piñas, estrellas y orlas de peces, entre otros, se define entre los últimos años del

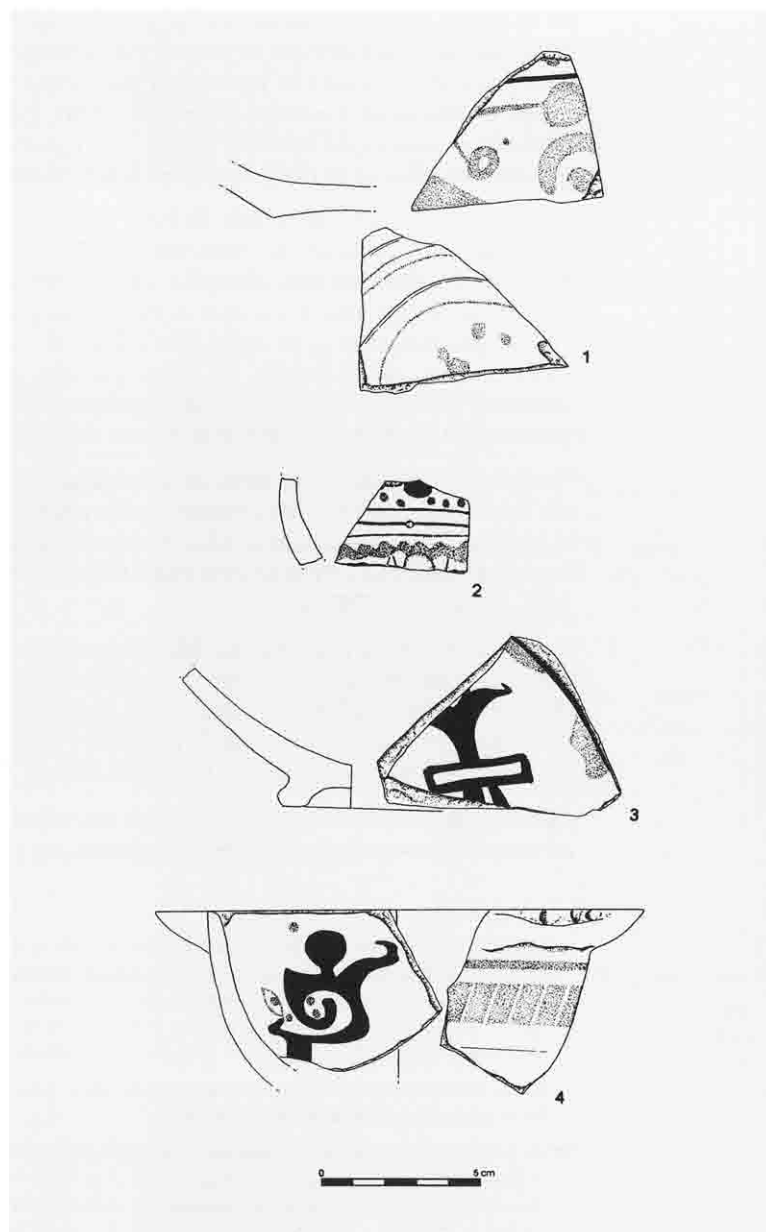


Lámina 57



La obtención del reflejo dorado era un proceso complicado y costoso de realizar, tanto en lo que se refiere a las manipulaciones y procesos que se precisan para conseguirla -se necesita una mano de obra especializada así como unos hornos específicos-, como a los ingredientes que componen la película dorada, la cual se obtenía de una aleación de cobre y plata diluidos en un mordiente del tipo del vinagre. Estos metales se obtenían de los desechos de monedas o calderería, calcinados en unos hornos especiales (*ibídem*: 152), siguiendo un complicado proceso de fabricación excelentemente descrito por González Martí en su clásica obra sobre la loza valenciana (1944: 15-22).

Las piezas así obtenidas, alcanzaban altísimos valores en los mercados, hecho que las hacía prácticamente inasequibles a buena parte de la población. Solamente los reyes (Felipe I el Hermoso o Blanca de Navarra), nobles hispanos (los Boil, los duques de Segorbe, Don Juan Manuel...), italianos (los Guasconi, Gentili o los Medicis) o flamencos, las altas instancias eclesiásticas (el Papa León X o el abad de Poblet o los generales de la Congregación de San Benito) y los escasos oligarcas urbanos, pudieron tener acceso a tales bienes (Soler, 1997: 153), los cuales debieron llegar a competir incluso con la propia vajilla metálica. No es extraño, por tanto, que tales piezas se prodiguen tan poco en los numerosísimos ambientes domésticos excavados hasta la fecha y sean totalmente desconocidas, como pudiera esperarse, en los espacios rurales donde vivieron prácticamente al margen de esta suerte de ollería ostentosa.

Unidas indisolublemente a las piezas de reflejo metálico, encontramos las lozas decoradas en azul cobalto<sup>33</sup>. Aunque está más o menos claro que estas lozas llegaron por las mismas vías que aquellas, traídas por los mismos artífices que produjeron el primitivo brillo dorado (*ibídem*: 162), fue en el área valenciana donde primero las encontramos, aunque poco tiempo después se comienzan a imitar en otras áreas -Aragón o Cataluña-, donde llegaron a tener un estilo propio (Álvaro Zamora, 1995; Flores et alii, 1989: 39-43).

Pese a que el cobalto es un mineral difícil de conseguir -procedía de Irán de donde lo importaban los chinos para sus porcelanas y los valencianos por medio de los mercaderes venecianos, que a su vez lo conseguían de mercadear con los turcos (Soler, 1997: 161)- y a la vez era caro, tuvo un gran éxito entre los alcalleres debido a que con poca cantidad del mismo se conseguía decorar un gran número de cacharros a la par que se lograban, con la utilización del óxido de cobalto bajo cubierta<sup>34</sup>, recipientes estéticamente muy bellos (*ibídem*).

Aunque la decoración en azul va, en principio, asociada al reflejo dorado -es bien patente en las piezas del *estilo malagueño*-, pronto cobra protagonismo y comienza a utilizarse casi con exclusividad sin otra tonalidad que la acompañe. Este detalle

---

siglo XIV y el primer cuarto del siglo XV. En el *estilo clásico*, que viene a ocupar buena parte del XV, encontramos plenamente formada esta obra y, en combinación con el color azul cobalto, desarrolla toda la amplia gama de motivos que caracterizó a estos tipos de producciones. Finalmente en la etapa de *decadencia*, a partir del último cuarto del siglo XV hasta finales del siglo XVIII, se abandona progresivamente el uso del azul y aparecen, en cambio, barrocas composiciones que cubren toda la superficie de la pieza, algunas de las cuales comenzarán a fabricarse a molde (1997: 155-161). División que viene a coincidir *grasso modo* con la propuesta recientemente por Mesquida (1995: 439-440).

<sup>33</sup> En los documentos de la época al óxido de cobalto de le denominaba *zafre o açafre*, como expresan algunos textos de 1414 en los que se hacer referencia a unos tarros de *çafre argentados*.

<sup>34</sup> En la actualidad existe una controversia abierta sobre si el cobalto va bajo la cubierta blanca o, por el contrario, va sobre aquella. Aunque recientes estudios han demostrado que, por regla general, el cobalto se aplica bajo cubierta con el fin de preservar mejor el color, parece claro a tenor de algunos ejemplos conocidos que existieron las dos modalidades, si bien es sobre todo a partir del siglo XVI cuando se invierte la tendencia y las lozas se elaboran con la decoración sobre cubierta (*ibídem*: 162).



ha permitido a Coll Conesa (1995), llevar a cabo un ensayo de clasificación de las lozas azules góticas que, a vuelapluma, distingue para las lozas azules góticas, un primer grupo de piezas que aparece hacia el siglo XIV y que coincide en formas con la loza verde y morada y las piezas de reflejo dorado. En este grupo destacan las decoraciones con sencillos motivos geométricos y vegetales que a lo largo del siglo XV, acaparado por la denominada *serie clásica*, comienza a desarrollar todo un elenco de motivos, al más puro estilo gótico -temas zoomorfos, naturalistas, vegetales, geométricos...-, cuyos mejores ejemplares salen de los alfares de Manises y Paterna.

La magnífica acogida que tuvo este grupo de producciones, permite que las encontremos a lo largo de la Península Ibérica, el Mediterráneo occidental o Europa, hecho en el que, sin duda, vino ligado al comercio de paños (Soler, 1997: 166) en el que por estas fechas la ciudad de Ávila se encontraba plenamente involucrada (Iradíel, 1974).

La colección de la Plaza de Santa Teresa viene a rendir un lote compuesto por, al menos, una veintena de cacharros decorados en dorado y otro tanto de piezas que lo hacen en azul cobalto, número que para lo que deparan otras excavaciones efectuadas en la Meseta ha de tomarse como una de las muestras de lozas doradas más importantes de las halladas hasta la fecha.

Aún cuando es en esta época cuando comienzan a desarrollarse numerosos talleres de cerámicas estanníferas al estilo malagueño (área valenciana, Aragón o Cataluña, entre las más destacadas), parece que nuestras piezas proceden de la primera de ellas, sin duda una de las principales productoras de lozas de buena parte de Europa. Viene a confirmarlo el indudable parentesco en formas pero sobre todo en motivos decorativos que nuestras lozas tienen con las de Paterna y Manises, como veremos a continuación.

Como corresponde a piezas destinadas a las mesas pero también a cacharros en los que la decoración juega un



Lámina 59



papel fundamental -son piezas para ser vistas-, nos encontramos ante perfiles fundamentalmente abiertos. Platos, cuencos con o sin orejetas, algunas escudillas y un fragmento de una posible copa predominan en la muestra<sup>35</sup>. Llaman la atención unos recipientes abiertos en forma de casquete esférico de pequeño tamaño (no levantan más de 4 cm. del suelo) que muestran el fondo plano y el labio apuntado, muy similares a los denominados "razones maniseros" del siglo XV (Flores Escobosa *et alii*, 1989: 95).

La decoración sobre tales morfologías aparece dispuesta en el interior de los recipientes, los cuales aparecen cubiertos en su totalidad por el vidriado blanco estannífero, aunque en bastantes ocasiones las piezas de reflejo dorado ostentan decoración al exterior. Éstas, muy simples por regla general, cuentan con unos sencillos ritmos decorativos, en palabras de González Martí sin duda motivado por que "pocas serían las ocasiones para lucir los alardes de ornamentación que en su reverso se trazaran" (1944: 532). Por lo general, encontramos nuestras piezas decoradas con sencillas bandas o líneas horizontales, que en no pocas ocasiones se combinan con trazos oblicuos paralelos corridos enmarcándolos o con pequeñas metopas verticales tan del gusto de la ollería de Manises y Paterna (*ibídem*: 533).

Sin duda alguna, la decoración del interior de los recipientes ha de centrar nuestra atención por cuanto en ella encontramos el innegable "aire de familia" que permite emparentar nuestros cacharros con aquellos del área valenciana de donde proceden. Adornos vegetales y geométricos junto con otros como los las representaciones criptográficas o las coronas caracterizan las producciones del Grande de las cuales, siguiendo la periodización llevada a cabo por Coll Conesa o Soler, cabría incluir en el denominado *estilo clásico*, el cual viene a ocupar buena parte del siglo XV (1997: 159-161).

En conjunto, parece existir un reparto más o menos equitativo de los ornatos geométricos, los vegetales o las representaciones variadas, que sin duda alguna cabe explicar por el hecho de que unos y otros aparecen mayoritariamente combinados dentro de los mismos recipientes.

Los motivos vegetales, aplicados tanto en tonos dorados como en azul cobalto se encuentran articulados en composiciones que sirven de relleno de otros temas, tales como coronas, o con otros trazos geométricos. Encontramos, en primer lugar, las características brionias o "nuezas blancas", las cuales constan de una especie de flores de cinco pétalos, que resultan típicas de los talleres de Manises del segundo cuarto del siglo XV (Martínez Caviro, 1983: 138). A veces estas florecillas aparecen combinadas con las "hojas de helecho" o "acacia", en nuestro caso realizadas siempre en tonos dorados (lam. 55, nº 1) las cuales, como en las piezas valencianas, aparecen como relleno acompañando muy frecuentemente a las coronas y que se datan hacia el segundo cuarto del XV (*ibídem*: 139). Aún cuando el reflejo dorado viene a rellenar, por lo general, los espacios en blancos no ornados en azul, encontramos algunas piezas que aparecen decoradas totalmente de aquella guisa. Se trata de una pequeña taza (lam. 55, nº 4) que presenta una decoración armada a base de sencillas hojas de helecho y un cuenco (lam. 55, nº 2) cuyo interior aparece cubierto enteramente por un barroco tema floral elaborado a partir de multitud de tallos, hojas y flores difíciles de interpretar ante el lamentable estado de conservación de la pieza. No obstante, no parece alejarse de la tónica de la ornamentación de Manises, donde la práctica totalidad de sus recipientes (no hay más que acercarse a la clásica obra de González Martí para darnos cuenta) aparecen cubiertos de elementos vegetales como los que estamos analizando.

---

<sup>35</sup> Aún cuando hemos catalogado esta pieza como un fragmento de copa, por cuanto sigue la misma tendencia -pie abierto en forma de embudo-, que los conocidos floreros o *terrás pera tenir flors* tan característicos de las producciones valencianas (Soler, 1997: 153), no dejamos de tener nuestras dudas acerca de su verdadera tipología.



El indudable parentesco que tienen nuestras piezas con los productos maniseros del siglo XV queda refrendada, otra vez más, por la presencia en nuestra colección de motivos idénticos a los del área valenciana, como muestra la pequeña taza de la lámina 55 (nº 5) en cuyo interior encontramos la representación de lo que se ha venido en clasificar como una pera, similar a un tazón de orejetas decorado de la colección González Martí (1944: lám. XVI) o el fragmento de la lámina 58 (nº 2) que presenta en azul cobalto una hoja de hiedra cuyo pedicelo parte de un par de líneas corridas que recorren el perímetro del vaso y que viene a ser una réplica exacta de un tazón de Manises datado en el siglo XV (*ibidem*: 472).

Son las hojas de hiedra unos motivos que a lo largo del tercer cuarto del siglo XV contó con gran aceptación por parte no solo de los ceramistas de Manises sino también por algunos pintores del momento como bien reflejó, entre otros tantos, Hugo van der Goes en su tríptico Portinari que se conserva en la Galería de los Uffizzi de Florencia, donde observamos un bote que sirve de florero decorado enteramente con hojas de hiedra en azul y cobalto (Martínez Caviro, 1983: fig. 125).

Los motivos geométricos, tanto en dorado como en azul vienen a cumplir similar papel al de los ornatos vegetales, de ahí que unos y otros se combinen en no pocas ocasiones. La lista de composiciones es larga y entre ellas destacamos las composiciones circulares, ora rodeando gruesos puntos tangentes a otros trazados en dorado (lam. 56, nº 2), ora relleno de un esquemático tallo con dos hojas que lo hace en azul (lam. 56, nº 3), las retículas (lam. 56, nº 5) o, simplemente, bandas doradas o azules dispuestas en sentido horizontal (lam. 56, nº 4). Dentro de éstos, cabe destacar una decoración muy frecuente en algunos yacimientos de la Meseta, cual es la denominada "orla de peces" que se vienen fechando en el último tercio del siglo XIV y comienzos del XV (*ibidem*: 133) y que aparece con gran profusión en las manufacturas de Paterna y Manises (González Martí, 1944).

Este peculiar ornato, trazado con exclusividad en azul cobalto y que combina la orla propiamente dicha situada cerca del labio, con una retícula oblicua que suele cubrir la práctica totalidad del interior del recipiente, lo encontramos en el reino castellano casi con carácter de exclusividad en una especie de cuencos hondos similares a los "tazones" de González Martí<sup>36</sup> entre los que destacamos la pieza del Mercado Grande de Ávila (lam. 58, nº 3), otra procedente del Castillo de Peñafiel (Delibes *et alii*, 1999: 99) y otra más recuperada en el solar del futuro Museo de Etnología de Castilla y León en la capital zamorana (Martín *et alii*, 1998: 154), siendo todos ellos muy similares entre sí.

Completa el variado acervo decorativo de las lozas abulenses temas tan particulares como las coronas, los letreros o los signos criptográficos de difícil interpretación. Las primeras, en las cerámicas del Grande aparecen dibujadas en azul y las encontramos en cuencos con o sin orejetas, platos o incluso en aquellos recipientes de reducido tamaño que recuerdan a las tazas valencianas que mencionábamos páginas atrás (lam. 58, nºs 5, 6 y 7). Se trata de remates coronados casi esquemáticos, acabados en tres borlas que vienen a colocarse en la parte superior del recipiente, en las proximidades del labio. Encontramos uno de estos motivos, de indudable influencia cristiana -los cuales se vienen datando hacia el segundo cuarto del siglo XV (Martínez Caviro, 1983: 140)-, en la tabla de la Última Cena de Solsona donde una corona similar a las nuestras aparece dibujada sobre un pequeño cuenco de base anular (*ibidem*: 132).

Junto a un par de piezas que muestran una serie de motivos que interpretamos como meros signos criptográficos<sup>37</sup> (lam. 47, nºs 3 y 4), destacamos la presencia de un fragmento de plato que muestra en azul las letras en gótico quebrado GLA

<sup>36</sup> En el área valenciana aparece decorando también en numerosas ocasiones botes o albarelos.

<sup>37</sup> El motivo de la escudilla de fondo anular podría representar una letra ¿una Y?, similar a algunos platos de la antigua Colección González Martí (1944: 443-444).



(lam. 59, n° 1) que cabe interpretar como la abreviatura de GLORIA<sup>38</sup>, en cuyos huecos aparecen una serie de puntos en dorado, similar a un plato de la Colección Persona de Bayona que muestra la representación de una cierva en azul y el fondo de anillos con discos y en cuyo borde aparece la leyenda AVE-MA-RIA-GLA-PLE-NA (lam. 59, n° 2) y que González Martí data hacia mediados del siglo XV (1944: 442), coincidiendo plenamente con el momento de uso de este tipo de letra y cuya leyenda, a lo largo del siglo XVI, vienen a representarse en algunos azulejos de arista de la serie denominada del "Ave María" como los conservados en el Museo de Cluny.

---

<sup>38</sup> Nos ayudaron a interpretarlo los doctores J. M. Ruiz Asencio y Mauricio Herrero del departamento de Paleografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, a quienes agradecemos las indicaciones prestadas al respecto.



## ALGUNAS POCAS INSTANTÁNEAS DE LA VIDA COTIDIANA ABULENSE A TRAVÉS DE SU REGISTRO MATERIAL

Cerámicas, de uso cotidiano y de lujo, algunas pocas piezas de bronce y de hierro de las que ya habláramos páginas atrás y otras tantas de vidrio, tan fragmentadas que únicamente podríamos apuntar la presencia de algunos vasos o copas, integran *grasso modo* el vertido del sondeo 3, el cual hemos llegado a considerarlo como una acumulación de vertidos formada no más allá de la segunda mitad del siglo XV y de cuya procedencia no cabe esperar más que un origen doméstico. Sea cual sea su génesis concreta, no se puede obviar que su contenido nos permite inferir algunas sesgadas instantáneas del devenir cotidiano y en especial del beber y el comer de los siglos XIV y XV<sup>39</sup> por parte de las élites abulenses. La relativa excepcionalidad del documento deja abiertas tras de sí, empero, incógnitas tales como, por citar la más evidente, las causas que llevaron a desechar vajillas tan costosas como las lozas a las que de forma más o menos extensa hemos hecho mención.

No queremos creer ciegamente que a finales de la Baja Edad Media o principios de la Moderna se llevara a cabo, sin más, una especie de *tabula rasa* de toda indumentaria anterior ya que en lo cerámico, por ir a lo más conocido, los gustos por las lozas decoradas gótico-mudéjares no parece que fueran sustituidas de manera drástica al menos hasta la aparición de las primeras producciones talaveranas, bien avanzado el siglo XVI (Martínez Caviro, 1984: 9-12). No son pocas las posibilidades que se podrían argumentar

<sup>39</sup> A grandes rasgos, nuestro depósito parece tener una vida no excesivamente dilatada pues no cabría llevarlo más allá del tramo temporal comprendido entre el 1300 y 1450.



Una variada muestra de la ollería del sondeo 3



para explicar el desinterés hacia aquellas que en un momento dado provocara su desuso -se nos ocurren algunas tan circunstanciales como roturas durante los más que frecuentes banquetes-, aunque podrían haber otras menos prosaicas tal vez relacionadas con la presencia de brotes de peste, en sus variedades negra y bubónica (García de Cortázar, 1994b: 240-243), algunos de los cuales pudieron alcanzar en momentos puntuales del XV a casas o palacios hasta tal punto que los enseres utilizados por los enfermos pudieron llegar a ser eliminados ante el miedo a nuevos rebrotes<sup>40</sup>. De ser así, no nos alejamos de lo que parece que ocurrió en el muladar del castillo de Peñafiel, donde aquel se cubrió en su totalidad con una potente capa de cal con el fin de anular sus perniciosos efectos (Quintana, Santiago y Cruz, 1999: 171).

Piezas tales como tajadores, cuencos y escudillas decoradas en verde y manganeso o toda la gama de lozas de Manises tan estimadas en su tiempo<sup>41</sup> componen un bastante completo muestrario destinado a "vestir las mesas" de los estamentos mejor situados de la ciudad, en especial reyes, nobles o patriciado urbano y que en ciertos inventarios *post-mortem* de la época aparecen descritos con todo lujo de detalle como podemos comprobar en algunos catalanes o aragoneses<sup>42</sup>. Existía en la época todo un protocolo a la hora de sentarse a la mesa, en especial en los momentos más solemnes, que nos ha llegado gracias a numerosos textos, sobre todo en la zona nororiental de la Península Ibérica (Riera Melis, 1995-96: 181-205). A cada estrato social le correspondía un sistema alimentario específico que lo definía como colectividad, hecho que permite asegurar que la alimentación constituye un hecho cultural relacionado tanto con el nivel material -técnico o económico por ejemplo-, como con las estructuras mentales o el imaginario colectivo de cada estamento diferenciado (*ibidem*: 181). La Edad Media se caracteriza, en este sentido, por las grandes desigualdades existentes entre pobres -los cuales sólo tenían acceso a una reducida gama de manjares incluso en años de buenas cosechas- y ricos, quienes apenas si restringían su régimen alimenticio; el miedo a morir de hambre, el afán por elevar el techo gastronómico o incluso la penuria eran realidades que acompañaron a los estamentos privilegiados de la sociedad (Montanari, 1993: 98). Así, según expresa Riera, cada estamento desarrolló sus propios sistemas alimentarios, añadió según posibilidades y gustos unos víveres u otros y realizó en torno a ellos una serie de gestos (1995-96: 187), algunos de los cuales nos han llegado a través del arte (Antoranz Onrubia, 2001: 99-138), de la documentación o, en nuestro caso, de los vestigios arqueológicos.

<sup>40</sup> Las respuestas ante la peste eran tan pobres que el mismo Alonso de Chirino "alcalde e examinador mayor de los físicos e cirujanos de los regnos e sennorios" de Juan II de Castilla recomendaba que "... en los tiempos de la pestilencia, lo que es fazedero a los discretos omes es: lo primero, conformar con paciencia umilde la su boluntat con la del Señor Dios e regir sus ánimas con sanctos e claros pensamientos e con obras purgadas de todo pecado. E desende, los que pudieren, regir los cuerpos así: lo principal es salir de aquella tierra onde se cabsa o está cabsada la pestilencia e lo más antes que pudiere. E onde no pudiere salir guárdese comer todas las cosas que se fazen de leche e de queso, salvo el suero de las cabras (...). E el vino sea menor, e aguada más que suele. E apoque el comer de las carnes e escuse las cosas dulçes e las frutas dulçes e más las çumosas, los pescados grandes o gruesos e las espeçies e viandas agudas e calientes e el grant fenchimiento de ninguna vianda e el grande trauajo e el vañarse en rio nin en vaño e use muy poco de las mugeres". Alonso de Chirino, *Menor daño de la Medecina*, edición de M<sup>a</sup> T. Herrera (Salamanca, 1973: 39-40), tomado de García de Cortázar, 1994b: 242 y 244.

<sup>41</sup> Así lo expresa el gran panegirista del patriciado urbano Francesc Eiximenis cuando menciona que "...mas sobre tot és la bellesa de la obra de Manizes, daurada e maestrívolmente pintada, que ja tot le món ha enamorad, en tant que lo Papa e los Cardenales e los Príncipes del món per especial gracia la requeren e stan marvellats que de terra se puixa fer aixncí excel·lent e noble" (citada en Martínez Caviro, 1983: 101).

<sup>42</sup> Son numerosos los trabajos, sobre todo llevados a cabo por autores catalanes, que se refieren a estos particulares documentos que rinden un cúmulo ingente de datos acerca de la historia de la cultura y de las mentalidades de los grupos bajomedievales que para el caso de Castilla se encuentra aún por explotar. Acerca de los mismos, son muy interesantes los trabajos de Flocel Sabaté (1990: 53-108) o, más recientemente, de Aurell i Cardona (1994: 107-121).





Los gustos alimentarios de los castellanos durante la Baja Edad Media fueron, en contra de lo que hoy se pueda pensar, muy variados (Castro Martínez, 1996). No faltaban en las mesas carnes, pescados, volátiles, frutas y verduras<sup>43</sup> muchas veces sazonados con exóticos condimentos<sup>44</sup> (Riera Melis, 1995-96: 188) que paulatinamente, gracias a nuevas modas traídas principalmente por florentinos y franceses, se fueron complicando, imponiéndose la proliferación de pequeños platos de ingredientes caros y de preparación prolongada (*ibidem*: 194), hecho que permite hablar del verdadero nacimiento de la cocina. Reyes y alta burguesía, sobre todo éstos últimos, utilizaban los banquetes como símbolos del rango social y era, igualmente "uno de los instrumentos más eficaces de que disponían estos nuevos ricos para materializar su ruptura con el resto de la burguesía, para disipar el recuerdo de sus modestos orígenes" en palabras de Riera (*ibidem*: 199).

Para transformar tan amplio abanico de viandas dispuestas en atractiva cubertería, los cocineros utilizaban una compleja batería compuesta por cazuelas, sartenes, asadores, parrillas, cucharones, espumaderas, coladores, morteros o cuchillos y en las mesas, tablas de madera apoyadas en caballetes decoradas para la ocasión con los mejores manteles (Antoranz, 2001: 127-132); se distribuían las viandas presentadas en fuentes y servidas en una vajilla que los teóricos de las "buenas maneras" exigían ser atractivos y que en el caso de la monarquía fuera de metales preciosos o de cristal (Riera, 1995-96: 195).

Burguesía y patriciado urbano tuvieron que conformarse con vajillas de cerámica o de estaño, algunas de las cuales seguramente llegaron a sustituir a aquellas otras de metal, caso de las lozas levantinas y en especial las lozas doradas las cuales, aún en escaso número, no debieron de faltar en las mejores casas y palacios.

La creciente complejidad de la liturgia en la mesa debió de exceder las propias posibilidades de los mercados locales, los cuales hasta finales del siglo XIV se habían visto surtidos por los alcalleres mudéjares gracias a las características producciones engobadas y decoradas en verde y morado salidas de sus alfares. El progresivo fortalecimiento de las oligarquías urbanas que en el caso de Ávila o en el de Segovia que se sustentó en parte en la industria textil, permitió el acceso de aquellas a objetos de lujo tan costosos como la variada gama de alimentos mecionada (Castro Martínez, 1996) o las propias cerámicas<sup>45</sup> cuyo comercio fue llevado a cabo por arrieros o carreteros, conductores de acémilas o de carretas, bajo cuya responsabilidad quedaban la totalidad de las mercancías, los cuales cubrieron los grandes circuitos comerciales de la Corona de Castilla (García de Cortázar, 1994b: 248) y que, seguramente, llegaron a concitarse en no pocas ocasiones en los mercados de la ciudad de Ávila<sup>46</sup>.

---

<sup>43</sup> El, tantas veces citado, muradal del castillo de Peñafiel ha permitido constatar la presencia de restos óseos de un amplio abanico de animales, entre los que no faltan las aves o las espinas de pescado, pero también restos de cáscaras de huevo o semillas (Quintana, Santiago y Cruz, 1999: 171-172).

<sup>44</sup> Los elevados precios de la canela, el jengibre o la pimienta estuvieron fuera del alcance de buena parte de la sociedad, por lo que pasarían a convertirse en señales de distinción social (Riera Melis, 1995-96: 195).

<sup>45</sup> Villanueva (1998: 132) presenta un documento sacado de un libro de cuentas de la Cofradía de Todos los Santos de Valladolid datado entre 1438 y 1469, estudiado por la investigadora A. Rucquoi en otra ocasión, en el que se menciona en uno de ellos "6 plateles de Malaga a 4 mrs cada uno, 8 escudillas de malaga cada una, media docena de salseras que son cada una a 6 mrs, que son todas 46 mrs" (nº 21, fol. 14v. Año 1438-39) y que resulta muy interesante a la hora de comparar los precios de estas piezas lujosas e importadas frente a aquellas otras más comunes procedentes de los alfares locales.

<sup>46</sup> No obstante, no podemos dejar al margen el transporte marítimo de este tipo de piezas dentro de grandes contenedores cerámicos (Coll Conesa, 1993: 1069-1079) que cubrieron buena parte de las rutas mediterráneas desde cuyos puertos redistribuyeron hacia el interior.



La reconstrucción, casi detectivesca, de la formación de nuestro depósito en el Grande y el análisis de los restos que lo componen, aún a falta de análisis de más hondo calado que el aquí -tal vez de forma consciente- nos hemos atrevido a realizar<sup>47</sup>, deja abierta multitud de interrogantes pero también abre la puerta a planteamientos desde lecturas de corte no sólo ceramológico sino también socio-económico. Sólo un análisis más detallado de lo que aquí ha quedado simplemente esbozado, permitirá conocer una realidad -la arqueología medieval abulense- que hasta la fecha no ha comenzado sino a iniciar su andadura.

---

<sup>47</sup> Pasa por ser absolutamente prioritario confrontar todos los datos obtenidos mediante excavación arqueológica en el casco urbano de Ávila y ponerlos en relación con la documentación existente que no es, por suerte, escasa.



## LOS DOCUMENTOS POST-MEDIEVALES: UNAS POCAS NOTAS DE UNA HISTORIA SESGADA

**E**l colofón lo ponen, necesariamente, los episodios que sucedieron a la etapa bajomedieval, los cuales desgraciadamente aparecen en el solar del Mercado Grande muy sesgados debido a las constantes remodelaciones sufridas en el seno del mismo. Así es como hemos de entender, necesariamente, que las evidencias documentadas correspondientes a la etapa moderna y, más aún, a la contemporánea aún siendo abundantes no vienen más que a representar episodios sueltos, hojas de un gran libro, que dejan traslucir con más sombras que luces el pasado de la misma.

Si seguimos los estratos de arriba hacia abajo según afloran durante su exhumación, encontramos en El Grande un potente estrato bastante heterogéneo que ocupa las últimas fases y que ha rendido una variada colección de piezas que vienen a caracterizar muy *grosso modo* la etapa moderna y contemporánea del solar.

Esta última, en la cual no vamos a entrar en mayores precisiones ante lo sesgado del documento, viene a estar representada por una variada producción, eminentemente popular, en la que encontramos tanto piezas de las denominadas *de basto* entre las que como señala Seseña (1997: 157), encontramos cacharros procedentes de los salmantinos municipios de Cantalapiedra, Alba de Tormes o Cespедosa, del cacereño alfar de Ceclavín o de los toledanos de Talavera de la Reina y, sobre todo, Puente del Arzobispo, como piezas de mesa, decoradas con finos motivos calcografiados de Sargadelos (Bello Piñeiro, 1979) o, sobre todo, *Pickmann & Co.* (Maestre, 1993) y las ya mencionadas vasijas de Talavera y Puente, entre las que no son infrecuentes algunos fragmentos de la peculiar producción de cerámicas con decoración de bandas, datadas hacia mediados del siglo XIX (Alonso González, 1997: 56). No faltan, asimismo, fragmentos de platos de loza fina tal vez fabricadas en los establecimientos segovianos de *Tejero, Charles & Cía.* o de la fábrica de *Muga*, quien hacia 1843 produjo piezas de lujo decoradas en amarillo y verde (Ainaud, 1952: 333), o incluso de aquellas famosas "chinas opacas" de las fábricas de Santander, que seguramente llegaron a conocer muchos de los vecinos de la ciudad de las murallas.

Los materiales de los últimos siglos de la Edad Moderna -siglos XVII-XVIII-, aparecen en los estratos superiores de la plaza y tienen el mismo carácter de revuelto que las piezas anteriormente descritas. Aún siendo relativamente abundantes respecto a la colección total, no son lo suficientemente expresivos como para avanzar unas pocas líneas, necesariamente muy sucintas, acerca de su tipología y cronología.



Nos encontramos, indudablemente, en el máximo apogeo de las lozas de Talavera y de Puente del Arzobispo, localidades que se encuentra a poco más de un centenar de kilómetros de la capital abulense, así como de sus imitaciones que, en nuestra excavación, son casi más numerosas que los propios productos toledanos. Reconocemos entre las piezas talaveranas o de estilo talaverano, fragmentos de recipientes decorados en azul cobalto dibujando o bien motivos geométricos o bien motivos finos vegetales, no obstante muy poco significativos como para poder precisar series de procedencia.

Rescatamos restos de otras producciones, procedentes de alfares desconocidos, en este caso unos fragmentos de platos que muestran unas esquemáticas hojas de palmas en verde oliva similares a una serie de platos del Museo de Ávila decorados de aquella guisa y datados por López Fernández en el siglo XVIII (1982: 207-208).

Son, como podemos comprobar, evidencias tan sumamente escuetas como para abordar de forma extensa unas directrices acerca de lo que, en lo cerámico, supusieron los momentos post-medievales en el casco urbano de Ávila y que las excavaciones efectuadas en otros puntos de la ciudad han de venir a poner el acento en lo que aquí hemos apuntado casi a vuelapluma.



# BIBLIOGRAFÍA

## (CAPÍTULOS II y III)

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. (1986): La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península ibérica. Centros de producción, comercio y tipología. Madrid.
- AGAPITO Y REVILLA, J. (1982): Las calles de Valladolid. Nomenclátor Histórico (1937). (Edición *facsimil* de la original de 1937). Valladolid.
- AGUADO VILLALBA, J. (1983): La cerámica hispanomusulmana de Toledo. Madrid.
- AGUAROD OTAL, C. (1991): *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- AINAUD DE LASARTE, J. (1952): "Cerámica y vidrio". *Ars Hispaniae*. Historia Universal del Arte Hispánico, vol. 10. Madrid.
- ALARCÃO, J., DELGADO, M., MAYET, F., MARTINHO ALARCÃO, A. y PONTE, S. D. (1976): *Fouilles de Conimbriga, VI. Céramiques diverses et verres*. París.
- ALCORTA IROSTARZA, E. J. (1991): "Cerámica de cocina e mesa na Galicia romana a través do achádegos de Lucus Augusti". *Larouco*, 1: 35-52.
- (1995): "Avance al estudio de la cerámica común romana de cocina y mesa de Lucus Augusti". *Cerámica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*. Monografies Emporitanes, VIII: 201-226. Museu d' Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- ALONSO GONZÁLEZ, J. M. (1997): *Colección Etnográfica. Museo de León*. Museos de Castilla y León. Estudios y Catálogos 8. Valladolid.
- ALVARADO GONZALO, M. D. y MOLANO BRÍAS, J. (1995): "Aportaciones al conocimiento de las cerámicas comunes alto-imperiales en *Augusta Emerita*: el vertedero de la calle Constantino". *Cerámica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*. Monografies Emporitanes, VIII: 281-295. Museu d' Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. (1999): *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, I. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2001): "Los vettones", en *Celtas y vettones*. Catálogo de la exposición. Diputación provincial de Ávila: 259-277
- ÁLVARO ZAMORA, M<sup>a</sup> I. (1995): *La cerámica de Teruel*, Cartillas Turolenses 8. Zaragoza.
- (1997): "La cerámica aragonesa", en Sánchez-Pacheco, T. (Coord.): *Summa Artis*. Historia General del Arte. Cerámica Española vol. XLII: 222-288. Madrid.
- AMIGUES, F. (1995): "La cerámica valenciana: sus técnicas de fabricación", *Spanish Medieval Ceramics in Spain and the British Isles*. BAR International Series 610: 129-139. Oxford.
- AMORÓS, J. (1932): "Uns temes femenins de la cerámica de Paterna", *Butlletí del Museu d'Art de Barcelona*: 110-140. Barcelona.
- ANTORANZ ONRUBIA, M<sup>a</sup> A. (2001): "Banquetes en la pintura gótica española: imágenes del siglo XV", en *El Marqués de Santillana. 1398-1458. Los albores de la España Moderna*, tomo IV: La Época: 99-138. Hondarribia.
- AURELL I CARDONA, J. (1994): "Els inventaris *post mortem* i la cultura dels mercaders medievals" *Medievalia* 11: 107-121. Barcelona.
- AZUAR, R., BORREGO, M., MARTÍ, J., NAVARRO, C., PASCUAL, J., SARANOVA, R., BURGUERA, V. y GISBERT, J. A. (1995): "Cerámica tardo-andalusí del país Valenciano (primera mitad del siglo XIII)", *Actes du 5ème Colloque sur la Céramique Médiévale* (Rabat, 11-17 Novembre 1991): 140-161. Rabat.
- BARRACA DE RAMOS, P. (1993): "Excavación arqueológica en el circuito de San Pedro (Ávila) 1989-1990", *Nvmantia*. Arqueología en Castilla y León 1989-1990: 239-256. Valladolid.



- (1994): "La ciudad de Ávila entre los siglos V al X", IV Congreso de Arqueología Medieval Española, tomo II: 39-46. Alicante.
- (1998): "La cerámica pintada del Valderrábanos", en M. Mariné y E. Terés (Coords.), Homenaje a Sonsoles Paradinas: 95-105. Asociación de amigos del Museo de Ávila. Ávila.
- BARRIOS GARCÍA, A. (1983): Estructuras agrarias y de poder en Castilla: el ejemplo de Ávila, 2 vols. Salamanca.
- (1985): "Repoblación de la zona meridional del Duero. Fases de ocupación, procedencia y distribución espacial de los grupos repobladores", *Studia Histórica. Historia Medieval*, vol. III nº 2: 33-82. Salamanca.
- (2000a): "Una tierra de nadie: los territorios abulenses en la Alta Edad Media", en Barrios García, A. (Coord.): *Historia de Ávila II. Edad Media (siglos VIII-XIII)*: 193-225. Ávila.
- (2000b): "Repoblación y colonización: la dinámica de creación de paisajes y el crecimiento económico", en Barrios García, A. (Coord.): *Historia de Ávila II. Edad Media (siglos VIII-XIII)*: 271-335. Ávila.
- BAZZANA, A. (1990): "Ensayo de tipología de la cerámica musulmana del antiguo Sharq Al-Andalus", en *La cerámica islámica en la ciudad de Valencia*, tomo II (estudios): 144-162. Valencia.
- BELLIDO BLANCO, A., ESCRIBANO VELASCO, C. y BALADO PACHÓN, A. (1999): "Revisión de las estelas funerarias de rito islámico en la ciudad de Ávila", *Actas del V Congreso de Arqueología Medieval Española*, Vol. 1: 939-946. Valladolid.
- BELLO PIÑEIRO, F. (1979): *Cerámica de Sargadelos*. La Coruña.
- BELTRÁN LLORIS, M. (1990): *Guía de la cerámica romana*. Libros Pórtico. Zaragoza.
- BENEÍTEZ, C., HEVIA, S. y MONTES, R. (1999): "Cerámica común romana del Chao Sanmartín (Grandas de Salime, Asturias). I. Vajilla de mesa y despensa". *Lancia*, 3.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1986): *Coca Arqueológica*. Madrid.
- (1993): "La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la Cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX: 113-139.
- CABALLERO ARRIBAS, J. (1996): "La plaza de San Vicente de Ávila: Necrópolis parroquial y nivel romano". *Nvmantia, Arqueología en Castilla y León*, 6: 139-152. Valladolid.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en las Cogotas. Cardenosa (Ávila). I. El castro*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110. Madrid.
- CANO PIEDRA, C. (1996): *La cerámica verde-manganeso de Madinat Al-Zahra*. Granada.
- CARRETERO VAQUERO, S. (2000): *El campamento romano del Ala II Flavia en Rosinos de Vidriales (Zamora). La cerámica*. Universidad de Valladolid. Zamora.
- CASADO ALONSO, H. (1996): "Crecimiento y desarrollo de Castilla a finales de la Edad Media", *Surco. Conferencias sobre Castilla y León en la Edad Media*: 55-80. Valladolid.
- CASAS, J.; CASTANYER, P.; NOLLA, J. M. y TREMOLEDA, J. (1995): "Les ceràmiques comunes locals del N.E. de Catalunya". *Ceràmica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de qüestió*. Monografies Emporitanes, VIII: 99-127. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- CASTRO MARTÍNEZ, T. De (1996): *La alimentación en las crónicas castellanas bajomedievales*. Granada.
- COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. (1998): *Castilla y León. Castillos y fortalezas*. León.
- COLL CONESA, J. (1994): "Contenedores cerámicos medievales en la costa de Mallorca", IV Congreso de Arqueología Medieval Española, tomo III: 1069-1079. Alicante.
- (1995): *El azul en la loza de la Valencia medieval*. Madrid.
- COLL CONESA, J., MARTÍ OLTRA, J. y PASCUAL PACHECO, J. (1988): *Cerámica y cambio cultural. El Tránsito de la Valencia Islámica a la Cristiana*. Valencia.
- CÓRDOBA DE LA LLAVE, R. (1994): "Las calles de Córdoba en el siglo XV. Condiciones de circulación e higiene", *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval* 10: 125-167. Alicante.
- (1998): "Eliminación y reciclaje de residuos urbanos en la Castilla bajomedieval", *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia* 19: 145-169. Barcelona.
- CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (2001): *Informe técnico de los sondeos arqueológicos realizados en el solar de la calle Lázaro Alonso nº 9 esquina calle Misericordia de Medina de Rioseco (Valladolid). Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León en Valladolid*. Valladolid.



- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., QUINTANA LÓPEZ, J., SANTIAGO PARDO, J., MOLINA MÍNGUEZ, M., CRUZ SÁNCHEZ, P. J. y VILLADANGOS GARCÍA, L. M. (1999): Segunda campaña de excavaciones arqueológicas en el Castillo de Peñafiel (Valladolid). Informe inédito depositado en el Servicio de Protección del Patrimonio Histórico de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Valladolid.
- ESCRIVÁ TORRES, V. (1995): "Cerámica común romana del *Municipium Liria Edetanorum*. Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica de época altoimperial en la *Hispania Tarraconensis*". *Ceràmica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de cüestió*. Monografies Emporitanes, VIII: 167-199. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1996): "Arqueología Preventiva y de Gestión". Nvmantia, Arqueología en Castilla y León, 6. Valladolid.
- (1999): "Arqueología Preventiva y de Gestión". Nvmantia, Arqueología en Castilla y León, 7. Valladolid.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- FERNÁNDEZ NANCLARES, A., MARTÍN MONTES, M. A. y MOREDA BLANCO, J. (1991): "Excavaciones arqueológicas en el casco urbano de Valladolid. Casa de Galdo. Un depósito cerrado de cerámica medieval", *Códex Aqvilarensis* 4: 29-61. Aguilar de Campoo.
- FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, F. (1985): Estado social y político de los mudéjares de Castilla (Reedición de la original de 1866). Madrid.
- FLORES ESCOBOSA, I., MUÑOZ MARTÍN, M<sup>a</sup> M. y DOMÍNGUEZ BEDMAR, M. (1989): Cerámica hispanomusulmana en Almería: loza dorada y azul. Almería.
- FLOS TRAVIESO, N. (1987): Baerulo. Els Vidres. Monografies Badalonines, n<sup>o</sup> 10. Badalona.
- GARABITO, T (1978): *Los alfares romanos riojanos. Producción y comercialización*. BPH, XVI. Madrid.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. (1994a): "Las necesidades ineludibles: alimentación, vestido, vivienda", en Jover Zamora, J. M<sup>a</sup> (Dir.): Historia de España Ramón Menéndez Pidal, tomo XVI, La época del Gótico en la cultura española (c. 1220-1480): 3-48. Madrid.
- (1994b): "El ritmo de la comunidad: confirmaciones y rupturas", en Jover Zamora, J. M<sup>a</sup> (Dir.): Historia de España Ramón Menéndez Pidal, tomo XVI, La época del Gótico en la cultura española (c. 1220-1480): 205-262. Madrid.
- GARCÍA MERINO, C. (1990): "Algunas consideraciones sobre la cerámica celtibérica pintada y su evolución hacia la pintada de época imperial: el caso de Uxama". *Archivo Español de Arqueología*, 161-162: 115-135.
- GIRAL, M<sup>a</sup> D. (1997): "La cerámica catalana", en Sánchez-Pacheco, T. (Coord.): Summa Artis. Historia General del Arte. Cerámica Española vol. XLII: 179-219. Madrid.
- GONZÁLEZ MARTÍ, M. (1944): Cerámica del Levante español. Siglos medievales. Loza. Barcelona.
- GONZÁLEZ ROJAS, F. (1889): "Antigua mezquita de Ávila", Boletín de la Real Academia de la Historia XIV: 207-212. Madrid.
- GONZÁLEZ, J. (1975): "La Extremadura castellana al mediar el siglo XIII", *Hispania* XXXIV: 265-324. Madrid.
- GONZÁLEZ, P. (1989): Cerámica preindustrial en la provincia de Valladolid. 2 tomos. Valladolid.
- GUAL CAMARENA, M. (1967): "Para un mapa de la industria textil hispana en la Edad Media", *Anuario de Estudios Medievales* 4: 109-168. Madrid.
- GUTIÉRREZ, J. A., LARRÉN IZQUIERDO, H., BENÉITEZ GONZÁLEZ, C. y TURINA GÓMEZ, A. (1995): "Una producción mudéjar en Castilla y León: la jarrita carenada", en Actes du 5ème Colloque sur la Céramique Médiévale (Rabat, 11-17 Novembre 1991): 316-324. Rabat.
- GUTIÉRREZ ROBLEDO, J. L. (2000): "Las murallas de Ávila", en Barrios García, A (coord.), Historia de Ávila II. Edad Media. Ávila: 480-515.
- HERVÁS, M. A. y RETUERCE, M. (2001): "Hallazgos arqueológicos en la morería de Ágreda (Soria)", *Actas del V Congreso de Arqueología Medieval Española*, Vol. 2: 897-911. Valladolid.
- HEVIA GONZÁLEZ, S., MONTES LÓPEZ, R y BENÉITEZ GONZÁLEZ, C. (1999): "Cerámica común romana del Chao Sanmartín (Grandas de Salime-Asturias): Vajilla de cocina y almacenamiento". Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, LXV: 154-196.



- HUCHARD, V. (1996): "De Museo de Cluny a Museo Nacional de la Edad Media", en Casanovas, M<sup>a</sup> A. y Giral, D. (Coords.): El reflejo de Manises. Cerámica hispano-morisca del Museo de Cluny de París: 13-15. Valencia.
- IRADIEL, P. (1974): Evolución de la industria textil castellana en los siglos XIII-XVI. Salamanca.
- LADERO QUESADA, M. A. (1978): "Los mudéjares de Castilla en la Baja Edad Media", Historia, Instituciones. Documentos 5: 257-304. Madrid.
- LAGUZZI, M<sup>a</sup> P. (1949): "Ávila a comienzos del siglo XIV", Cuadernos de Historia de España XII: 145-180. Buenos Aires.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. y TURINA GÓMEZ, A. (1995): "El conjunto cerámico de la calle Obispo Acuña de Zamora", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología LXI: 261-274. Valladolid.
- LARRÉN IZQUIERDO, H. (1989): "Notas sobre cerámica medieval de la provincia de Zamora", en Gutiérrez González, J. A. y Bohigas Roldán, R. (Coords.): La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio: 261-284. León.
- (1992): "Fondos marcados de la provincia de Zamora", Boletín de la Asociación Española de Arqueología: 167-179. Madrid.
- (1998): "El despoblado de 'Los Paredones' o 'Aldeanueva'. San Juan de la Encinilla (Ávila)", en Mariné, M. y Terés, E. (Coords.): Homenaje a Sonsoles Paradinas: 117-129. Ávila.
- LARRÉN, H. y TERÉS, E. (1987): "Excavaciones de urgencia y documentación de hallazgos arqueológicos en la ciudad de Ávila, 1986". Cuadernos Abulenses, 7 (1987): 165-216.
- LEÓN TELLO, P. (1963): Judíos de Ávila. Ávila.
- LERMA, J. V. (1986): "Loza gótico-mudéjar en la ciudad de Valencia", Revista de Arqueología 65: 29-40. Madrid.
- LLUBIÁ, L. M. (1967): Cerámica medieval española. Barcelona.
- LÓPEZ DEL AMO, M<sup>a</sup> P. (1995): "El proceso de mudejarización en la cerámica de Al-Andalus", en Iglesia Duarte, J. I. (Coord.): V Semana de Estudios Medievales (Nájera, del 1 al 5 de agosto de 1994): 217-225. Logroño.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> T. (1982): Museo de Ávila. Catálogo de cerámica. Madrid.
- LÓPEZ AMBITE, F. y BARRIO ÁLVAREZ, Y. del (1994): *Excavaciones en la Iglesia de la Santísima Trinidad (Segovia)*. Memorias. Arqueología en Castilla y León, 1. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- MAESTRE, B. (1993): La Cartuja de Sevilla. Fábrica de cerámica. Sevilla.
- MAILLO SALGADO, F. (1983): *Los arabismos del castellano en la Baja Edad Media (Consideraciones históricas y filológicas)*. Ed. de la Universidad de Salamanca y del Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Salamanca.
- (1998): "Guerra y sociedad a fines del siglo XI", en Laliena, C. y Utrilla, J. F. (Eds.): De Toledo a Huesca. Sociedades Medievales en transición a finales del siglo XI (1080-1100): 11-27. Zaragoza.
- MARINÉ, M. (1995): "La época romana", en M. Mariné (Coord.): Historia de Ávila I. Prehistoria e Historia Antigua. Institución Gran Duque de Alba, Diputación provincial de Ávila: 281-338. Ávila
- (2001): "El ¿final? De los celtas hispanos: la Romanización", en Celtas y vettones. Catálogo de la exposición. Diputación provincial de Ávila: 369-377.
- MARTÍN CARBAJO, M. A., MARCOS CONTRERAS, G. J., SANZ GARCÍA, F. J., MISIEGO TEJEDA, J. C., VILLANUEVA MARTÍN, L. A. y SANDOVAL RODRÍGUEZ, A. M<sup>a</sup>. (1998): "Una excavación arqueológica en extensión en el casco urbano de Zamora: el solar del Museo Etnográfico de Castilla y León". Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo 1998: 127-162.
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. (1992): "Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica", en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (edi.), Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum, 2-3. Madrid, pags. 259-279.
- MARTÍN VALLS, R. (1976): "Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo". *Zephyrus*, XXVI-XXVII: 373-388.
- MARTÍN VALLS, R., BENET, N. y MACARRO ALCALDE, C. (1991): "Arqueología de Salamanca", en M. Santonja (Coord.): *Del Paleolítico a la Historia*: 137-163. Museo de Salamanca.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, B. (1983): La loza dorada. Madrid.
- (1984): Cerámica de Talavera. Madrid.
- MARTÍNEZ LILLO, S. (1984-85): "Problemática del origen de la loza dorada", *Awraq Yādida* 7-8: 231-226. Madrid.





- MAYET, F. (1975): *Les céramiques apaisées fines dans la Péninsule Ibérique*. París.
- MESQUIDA GARCÍA, M. (1995): "Paterna: cuatro siglos de cerámica azul y dorada", *Actes du 5ème colloque sur la céramique médiévale en Méditerranée occidentale* (Rabat, 11-17 Novembre 1991): 439-440. Rabat.
- MISIEGO TEJADA, J. C.; SANZ GARCÍA, F. J.; MARCOS CONTRERAS, G. J. y MARTÍN CARBAJO, M. A. (1999): "Un complejo artesanal documentado en la calle Arcediano de Salamanca. Aproximación a la funcionalidad de un sector de la Antigua *Salmantica*", en R. de Balbín y P. Bueno (Eds.): *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular, tomo IV. Arqueología romana y medieval*: 195-209. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques. Zamora.
- MONSALVO ANTÓN, J. M<sup>a</sup>. (1990): *Ordenanzas medievales de Ávila y su tierra*. Fuentes Históricas Abulenses 5. Ávila.
- MONTANARI, M. (1993): El hambre y la abundancia. Historia y cultura de la alimentación en Europa. Barcelona.
- MOREDA BLANCO, J., MARTÍN MONTES, M. A., FERNÁNDEZ NANCLARES, A. y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> L. (1998): El Monasterio de San Benito el Real y Valladolid. Arqueología e Historia. Valladolid.
- ORTÍZ ECHAGÜE, J. (1930): Tipos y trajes de España. Madrid.
- PASCUAL PACHECO, J. y MARTÍ OLTRA, J. (1986): La cerámica verde-manganeso bajomedieval valenciana. Valencia.
- PAZ PERALTA, J.A. (1991): Cerámica de mesa romana de los siglos III al VI d. C. en la provincia de Zaragoza. Zaragoza.
- PÉREZ GONZALÉZ, C. (1989): Cerámica Romana de Herrera de Pisuerga (Palencia-España). La Terra Sigillata. Universidad Internacional SEK. Santiago de Chile.
- PICATOSTE, V. (1996): Tradiciones de Ávila. (edición *facsimil* de la original de 1888). Valencia.
- POLO LÓPEZ, J. (1998): "Producciones cerámicas de la Meseta en época romana: TSH brillante y pintadas de tradición indígena". *Complutum. Roma en el interior de la península Ibérica*: 155-173. Caja Madrid. Madrid.
- (1999): "Las cerámicas pintadas romanas de tradición indígena: aportaciones estratigráficas de la ciudad hispanorromana de Complutum", en R. de Balbín y P. Bueno (Eds.): *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular, tomo IV. Arqueología romana y medieval*: 89-101. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques. Zamora.
- QUINTANA LÓPEZ, J., SANTIAGO PARDO, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1999): "Tras el rastro del *Castiello Mayor* de don Juan Manuel en Peñafiel". *Actas del V Congreso de Arqueología Medieval Española*, Vol. 1: 163-174. Valladolid.
- RETUERCE VELASCO, M. (1984): "La cerámica islámica de Calatalifa. Apuntes sobre los grupos cerámicos de la Marca Media", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, tomo II, número 1: 117-136. Madrid.
- (1998): *La cerámica andalusí de la Meseta*. 2 tomos. Madrid.
- RIERA MELIS, A. (1995-96): "Jerarquía social y desigualdad alimentaria en el Mediterráneo Noroccidental en la Baja Edad Media. La cocina y la mesa de los estamentos privilegiados", *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia* 16-17: 181-205. Barcelona.
- RIU, M. (1986): *La Baja Edad Media (siglos XIII al XV)*. Barcelona.
- ROCA I ROUMENS, M. (1995): "Estado actual de la investigación de las cerámicas comunes de época romana en la península Ibérica". *Ceràmica comuna romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de qüestió*. Monografies Emporitanes, VIII: 9-12. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- (1998): "Historia de la investigación de la terra sigillata hispánica", en Fernández García M<sup>a</sup> I. (editora) *Terra sigillata hispánica. Estado actual de la investigación*. Jaén. Universidad de Jaén, pp.13-30.
- ROCA ROUMENS M. y FERNANDEZ GARCÍA, M<sup>a</sup> I. (coords) (1999): *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producción altoimperiales*. Madrid.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E. (1981): *Ávila Romana* (Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía romanas de la ciudad y su territorio). Caja de Ahorros de Ávila. Ávila.
- ROMERO CARNICERO, M. V (1985): *Numancia I. La Terra Sigillata. Excavaciones Arqueológicas en España*, n<sup>o</sup> 146. Madrid.
- (1999): "El taller de las Palmetas" en Roca Roumens; M. y Fernández García, M<sup>a</sup> I. (coords) *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales. Homenaje a M<sup>a</sup> Ángeles Mezquíriz*. Universidad de Jaén. Universidad de Málaga, pp. 169-208.



- ROMERO CARNICERO, M. V.; ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993): "Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*: 223-261. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- RUIZ ENTRECANALES, R. (1998): "El mundo funerario musulmán en Ávila", en Mariné, M. y Terés, E. (Coords.): *Homenaje a Sonsoles Paradinas*: 107-115. Ávila.
- SABATÉ, F. (1990): "Els objectes de la vida quotidiana a les llars barcelonines al començament del segle XIV", *Anuario de Estudios Medievales* 20: 53-108. Barcelona.
- SACRISTÁN DE LÁM.A, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Randa (Roa, Burgos)*. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- SACRISTÁN DE LÁM.A, J. D. y PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN, F. (1988): "Un interesante conjunto cerámico 'tardoceltibérico'". *Santuola*, V: 81-113. Santander.
- SAÉNZ PRECIADO, M<sup>a</sup>. P. y SAÉNZ PRECIADO, C. (1999): "Estado de la cuestión de los alfares riojanos. La Terra Sigillata Hispánica altoimperial" en Roca Roumens; M. y Fernández García, M<sup>a</sup> I. (coords) *Terra Sigillata Hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales. Homenaje a M<sup>a</sup> Ángeles Mezquíriz*. Universidad de Jaén. Universidad de Málaga, pp. 61-136.
- SÁNCHEZ DEL BARRIO, A. (1989): "Las construcciones populares medievales: un ejemplo castellano de comienzos del siglo XIV", *Studia Historica. Historia Medieval*, vol. II: 127-153. Salamanca.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, M<sup>a</sup> A. (1992): *Cerámica común romana de Mérida (Estudio preliminar)*. Series de Arqueología Extremeña, 3. Cáceres.
- SANCHEZ SIMÓN M. y SANTAMARÍA GONZÁLEZ J. E. (1996): "La ocupación romana en Valladolid. Análisis de los datos de la excavación en el solar nº 6 de la calle Juan Mambrilla". *Numantia* 6. Arqueología en Castilla y León.
- SÁNCHEZ ZURRO, D., CRESPO, J., RAMOS, D. y LORENZO, E. (1991): *Castilla y León en América. Cartografía histórica*. Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- SERRANO RAMOS, E. (1995): "Producciones de cerámicas comunes locales de la Bética". *Cerámica común romana d'època Alto-Imperial a la Península Ibèrica. Estat de cièstió*. Monografies Emporitanes, VIII: 227-249. Museu d' Arqueologia de Catalunya-Empúries. Empúries.
- SESEÑA, N. (1997): *Cacharrería popular. La alfarería de basto en España*. Madrid.
- SOLER, M<sup>a</sup> P. (1997): "Cerámica valenciana", en Sánchez-Pacheco, T. (Coord.): *Summa Artis. Historia General del Arte. Cerámica Española* vol. XLII: 135-178. Madrid.
- TAPIA SÁNCHEZ, S. De (1989): "Los mudéjares de la Extremadura castellano-leonesa: notas sobre una minoría dócil (1085-1502)", *Studia Historica. H<sup>a</sup> Medieval*, vol. VII: 95-125.
- (1991): *La comunidad morisca de Ávila*, *Acta Salmanticensia* 75. Salamanca.
- TURINA GÓMEZ, A. (1994): *Cerámica medieval y moderna de Zamora*. Arqueología en Castilla y León. Monografías 1. Zamora.
- (2001): "Nuevos datos sobre la cerámica mudéjar en el centro peninsular", *Actas del V Congreso de Arqueología Medieval Española*, Vol. 2: 801-822. Valladolid.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (1982-83): "Al-Idrīsī y los orígenes de la loza dorada en la Península Ibérica", *Awraq* 5-6: 243-245. Madrid.
- VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- VERNHET, A (1986): "Centre de production de Millau. Atelier de La Graufesenque". *La terre sigillée gallo-romaine. Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*. Paris, pp 96-103.
- (1986): "Les Ateliers du Sud de la France. L'essor des Ateliers entre 30 et 120 AP. J.-C.". *La terre sigillée gallo-romaine. Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*. Paris, pp 39-41.



VILLANUEVA ZUBIZARRETA, O. (1997): "La documentación escrita como fuente para establecer una terminología cerámica. Una propuesta para el ámbito castellano", *Transferències y comerç de ceràmica a l'Europa mediterrània (segles XIV-XVII)*. XV Jornades d'Estudis Històrics Locals (Palma, 1996): 423-436. Palma.

(1998): *Actividad alfarera en el Valladolid bajomedieval*. Studia Archaeologica 89. Valladolid.

VILLAR CASTRO, J. (1984): "Organización espacial y paisaje arquitectónico en la ciudad medieval. Una aportación geográfica a la historia del urbanismo abulense", *Cuadernos Abulenses* 1: 69-89. Ávila

VVAA. (1983) "Tipología de la Terra Sigillata Hispánica". BMAN, I,2. Madrid, pp. 133-136

VVAA (1986): *La Terre Sigillée gallo-romaine. Lieux de production du Haut Empire: implantations, produits, relations*. Documents d'Archéologie Française. Paris.

VVAA. (1990): *Los Bronces romanos en España*. Catálogo de la exposición celebrada en el Palacio de Velázquez, mayo-julio de 1990. Ministerio de Cultura. Madrid.

